

# Brecha

AÑO I

ARTES

ENERO DE 1957

LETRAS

Nº 5

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loría. — Teléfono 5640 - Apartado 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — ES EL ARTE EL QUE VENDE EL ESPACIO Y EL TIEMPO. Rubén Darío. — Precio: 1 colón

## La Campaña del Tránsito

“DEFENSA Y CAIDA DE LA TRINIDAD”

1856 - 1857

Por Rafael Obregón Loría.

5—Mientras en aquellos lugares sucedían estas cosas, en San Juan del Norte se estaban concentrando muchos filibusteros que llegaban procedentes de los Estados Unidos, que traían buen equipo militar; entre ellos venían el general C. R. Wheat y el coronel Anderson.

Allá mismo se encontraba también Lockridge, y entonces se acordó nombrarlo jefe de todo el grupo para que organizase una expedición que tuviera por objeto no sólo recuperar los vapores, sino también desalojar del río a los costarricenses. Con ese motivo, Lockridge se dedicó por algunos días a arreglar, con la ayuda de Joseph N. Scott, un vapor que en el puerto se encontraba en desuso y en mal estado para usarlo en dicha expedición.

A oídos del general Mora llegó la noticia de que setecientos filibusteros se estaban organizando en San Juan del Norte para atacar el punto de La Trinidad, y entonces dispuso tomar precauciones para defender ese lugar; con tal objeto envió el 15 de enero al mayor Máximo Blanco acompañado de los oficiales Francisco Quirós, Dionisio Jiménez y Ramón Campos, con veinte soldados, para apoyar la pequeña fuerza que al mando de Barillier se encontraba en aquel



JUAN RAFAEL MORA

lugar; Blanco iba con el cargo de segundo comandante.

Al llegar Blanco a La Trinidad, dice el P. Brenes, “se encontró la guarnición en el más la-

mentable estado: las fatigas, las privaciones y el hambre que les había devorado, tenían enfermos a muchos y todos parecían espectros ambulantes. La llegada de

Blanco fue un gran consuelo para aquella pobre gente que con unos pocos días más sin auxilios, habría perecido toda. A mejorar tan triste situación y a prepararse para la defensa en el ataque de los filibusteros, anunciado de un día para otro, se consagró el mayor Blanco”. (13). Tenía solamente veintiocho hombres sanos, pues los demás se encontraban enfermos.

Blanco dice en su Diario: “Oh aflicción cuando me hago cargo de la fortificación y conozco su disposición: un callejoncito formado por dos trincheras de vástago de plátano, en veinte varas de largo y tres de ancho. El piso es un lodazal que pasa del tobillo; de provisiones nada, enfermos muchos, y los que no lo están parecen cadáveres. La fatiga y privaciones tienen a estos hombres como con dolor de estómago: tales son los semblantes que encontré en los treinta hombres con que debo sostener el punto contra setecientos... Principio a construir un rancho, para tener alguna comodidad y ver si se reanima el espíritu de la tropa. Arreglo puntos avanzados, hago tomar calomej a algunos soldados enfermos y a otros ipecacuana, todo recetado por mí, porque no hay más médico, aunque sé tanto de esto como un caballo de misas”. (14).

Como el temporal era intenso, Blanco dispuso que la gente tra-

bajase sólo cuando no lloviese, lo cual representaba unas dos o tres horas cada día. El campamento estaba convertido en una verdadera laguna. Además, tenían poco que comer. En los días posteriores se aguardaba el ataque de los filibusteros y por eso se estableció mucha vigilancia. Los víveres se fueron escaseando cada vez más; un día sólo se comió un "guineo cele" y frijoles muy picados y sin sal.

En los días siguientes había hambre. El 19 subió por el Sarapiquí un vapor que traía un refuerzo de 250 hombres al mando del coronel Pío J. Fernández. Eso fue un gran consuelo, pero desgraciadamente no trajeron provisiones, y Blanco no las tenía.

Durante esos días se trató de hacer habitaciones, aunque no se contaba con herramientas para ello. La lluvia continuaba con fuerza y la tropa se encontraba a la intemperie. Los ríos San Juan y Sarapiquí estaban muy crecidos y amenazaban inundar el lugar, al extremo de meterse el agua por la borda de los cañones, por lo que hubo que descargarlos. El hambre continuaba y los "guineos" se iban agotando.

Dice el P. Brenes: "Penalidades sin cuento sufrió nuestro ejército en aquellos aciagos días por la falta casi absoluta de víveres y de un local para su alojamiento. La estación en aquel paraje era de riguroso invierno y al pasar nuestra gente los días enteros con sus noches entre el fango y expuestos al sol, el agua y al sereno, las enfermedades y la muerte eran la natural consecuencia. ¡Cuadro triste y desgarrador era el que presentaban nuestras fuerzas en aquella fatal ocasión de eternos recuerdos! ¡Ah! ¡Cuántos sufridos y valientes soldados enfermos yacían tendidos en el lodo y al aire libre, sin una mano amiga que estrechar ni un médico que los asistiera! El jefe tenía que ocuparse en los preparativos para la defensa; estaba avisado que de un momento a otro sería atacado y le era absolutamente imposible remediar todos los inconvenientes y todas las desgracias de que era víctima nuestro ejército".

El 20 de enero Blanco avisó a sus jefes que la posición era mala y había que cambiarla. El 21 de enero el general Mora trasladó a Barillier al Fuerte y nombró a Blanco primer comandante

de La Trinidad, y en una carta fechada ese mismo día, le decía a éste: "...procure usted sacar recursos del interior del país, pues ya sabe cómo estoy aquí, y cuando pueda, atienda al Castillo Viejo..." (15). En la situación en que se encontraba Blanco era desalentador, y menos mal que ese mismo día tuvieron, como decía él, "la primera felicidad", pues llegaron cinco novillos conducidos por ocho hombres que venían por tierra, habiendo tardado desde el Muelle cinco días y sufrido grandes penalidades.

Los trabajos de construir unos ranchos en La Trinidad los dirigía el capitán Tomás Herra. La situación en aquel campamento continuaba desesperada. En su Diario escribía Blanco: "Enero 23: Hoy sólo me mortifica los muchos enfermos y no haber cómo auxiliarlos ni conducirlos a otra parte. Eso sí que es lastimoso, ver a un hombre con disentería o fiebre, acostado en el fango y a la intemperie; porque dentro del rancho ya no caben". El 21 de enero pasó el "Morgan", y Blanco envió al Fuerte veintiséis enfermos y ciento cuarenta y cinco fusiles que le habían dejado los enfermos y los desertores. Ese mismo día desertaron veintiocho hombres más, por lo cual Blanco empezó a desconfiar hasta del valor de sus soldados, y así escribía el día 25: "Sigue la lluvia. Los enfermos se aumentan seguramente por las noticias que ayer mandó Mesnier de que vienen los filibusteros".

Efectivamente, habiendo terminado Lockrige el arreglo del vapor "Rescue", dispuso venirse con su fuerza a un punto situado varios kilómetros abajo de la boca del Sarapiquí, para preparar desde allí el ataque a La Trinidad.

El 28 de enero, a las nueve de la mañana, se aproximó un vapor filibustero, y colocándose detrás de una punta de tierra, disparó sus cañones. Inmediatamente los costarricenses ocuparon sus posiciones defensivas. El cañoneo continuó de parte de los filibusteros, pero no hicieron blanco; retirándose cuando los costarricenses comenzaron a hacer uso de sus cañones.

Se mandó entonces a colocar una avanzada constituida por dos soldados y un cabo, al otro lado del río y sobre la derecha,

para que diese aviso cuando el vapor enemigo se aproximara. La situación en el campamento se empeoraba cada vez más, pues el número de enfermos y desertores aumentaba, se sentía hambre y no había nada que comer.

El día 30 fueron enviados Dionisio Jiménez y Desiderio Selva con veinte hombres al otro lado del río para que, emboscados en el lugar donde se arribaba el vapor filibustero cuando venía a atacar, ellos lo atacasen sorpresivamente, señalándose a cada hombre un árbol para que le sirviese de trinchera.

El 1º de febrero se terminó el rancho para albergar la tropa, y entonces se comenzaron a arreglar las trincheras, cambiando el tallo de plátano por tierra y madera. Por esos días había 44 enfermos de fiebre y ocho de disentería, uno de los cuales falleció.

De un momento a otro se esperaba un ataque vigoroso del enemigo, y Blanco no tenía ni la menor esperanza de recibir refuerzos, pues con fecha 4 de febrero le había escrito el general Mora: "...ya usted sabe que me es imposible socorrerle desde aquí. (16).

Ese mismo día 4 arribaban a San Juan del Norte cerca de doscientos filibusteros más, bien armados, al mando del coronel H. T. Titus, todos los cuales se agregaron inmediatamente a las fuerzas de Lockrige en el río.

El 6 de febrero, a la una de la tarde, oyeron los costarricenses dos tiros que era la señal con que la descubierta avisaba que venían los filibusteros. En el acto, dice Blanco, "mandé tocar llamada a los trabajadores de la montaña y se reunieron los presentes, salvo alguno que otro que se escondió, y cuando sólo nos habíamos podido medio formar, principió el enemigo su fuego de cañón, rompiéndonos la casa principal". Los costarricenses desde luego, contestaron el fuego, pero en ese momento, Dionisio Jiménez, Selva y sus soldados, quienes se encontraban al otro lado del río, dispararon contra el vapor filibustero desde una corta distancia, y los filibusteros, sorprendidos, se retiraron inmediatamente.

A las cuatro de la tarde hubo otra refriega, pues el barco enemigo llegó como a unos doscientos metros de distancia, y estuvo

disparando desde allí hasta que anocheció, habiendo contestado también el fuego los costarricenses. A esa hora los filibusteros se retiraron, y como los costarricenses no tenían embarcación alguna, no pudieron perseguirlos.

Los filibusteros no se alejaron mucho sino que establecieron su campamento a unas dos mil varas del de los costarricenses, a favor de una vuelta del río, y en una altura llamada el Punto Cody.

Esa noche se crecieron los ríos y el campamento costarricense se inundó, teniendo la tropa que buscar la parte más alta del terreno para pasar la noche, a la intemperie y bajo el aguacero.

Dos días más tarde, el 8 de febrero, a las once de la mañana, se acercó a La Trinidad un vapor artillado haciendo fuego, al mismo tiempo que atacaba por tierra una columna de cuatrocientos hombres.

Blanco contaba únicamente con ciento veinte hombres; les dió orden de defenderse y, debido a que el parque y especialmente los fulminantes escaseaban, les dijo que tiraran sólo con la seguridad de acertar.

Los costarricenses mantuvieron un tiroteo flojo, economizando balas pero los filibusteros no se empeñaron en derrotarlos, y Blanco dice que parecía que aquellos sólo querían inspeccionar o reconocer el campo para atacar después formalmente, y que se retiraron después de unas dos horas.

Al día siguiente hubo mal tiempo, y fuerte aguacero. El capitán Herra fue a observar a los filibusteros aproximándose a su campamento y trajo la noticia de que se fortificaban y tenían una chata armada con cañones. Ese día desertó una avanzada entera, y se susurraba que en otro combate que hubiera se produciría otra desertión. En vista de esos rumores Blanco acordó reducir las avanzadas hacia la trinchera por temor de más desertiones. Perdiendo su serenidad renegaba del valor de sus soldados, y buena prueba de ello es la siguiente carta que escribió en esos momentos al Comandante Montes de Oca:

La Trinidad, febrero 9 de 1857.  
"Don Faustino:

Mi situación es malísima; esta gente está desertando, y no dudo que en otro encuentro se vayan

todos, pues así se susurra hoy. El enemigo lo tengo fortificándose a dos mil varas de aquí, cuando venga alguna embarcación a este punto haga que traiga la más maliciosa precaución. Amigo, compadézcame, estoy con menos que con mujeres, esta tropa no sirve; da lástima el miedo que tienen". (17).

En realidad, en esos momentos de desesperación Blanco exageraba y era injusto con sus soldados, porque fuera de unos cuantos que desertaron los demás resistieron como él todas las privaciones de aquel lugar malsano y peligroso, y pelearon heroicamente contra las fuerzas filibusteras. Después de su rapto de cólera Blanco pasó a considerar el lamentable estado de sus soldados, y al día siguiente que escribió al señor Montes de Oca, escribía en su Diario: "Me aflige el semblante de esta tropa, pero mi esperanza es que cuando haya que comer se animen". Algunos oficiales querían que se comiera el último buey que les quedaba, pero Blanco les contestó que dicho buey era para cuando tuviesen días de no comer. El enemigo mientras tanto seguía arreglando sus fortificaciones a corta distancia del campamento de los costarricenses, quienes no podían ni molestarlo por carecer, como hemos dicho, de embarcaciones para pasar el río.

El día 11 llegó a La Trinidad el vapor procedente del Fuerte de San Carlos y en él venía el teniente coronel Francisco Alvarado con cincuenta hombres (18), trayendo la orden de atacar a los filibusteros; para eso

Blanco debía entregarle otros cincuenta hombres, pero también tenía que decir si era o no prudente el ataque. La opinión de Blanco fue la de que era muy difícil que cien hombres, llegando por la montaña, pudiesen atacar a setecientos atrincheros. Alvarado pensaba lo mismo y se regresó inmediatamente con su tropa, viaje que Blanco aprovechó para enviar al Fuerte algunos de sus soldados enfermos.

El Ministro de la Guerra, coronel Escalante, dispuso que se hiciera un fuerte ataque a los filibusteros, y para ello hizo salir de la capital el 10 de febrero un refuerzo de doscientos hombres, que siguieron la ruta del Sarapiquí. Llevaban órdenes para replegarse, después del ataque, al Castillo Viejo, lugar donde se concentrarían en compañía de la gente de Blanco, dejando abandonado el punto de La Trinidad.

Desgraciadamente esas fuerzas no pudieron llegar a su destino, pues salieron demasiado tarde, y en el camino se encontraron con las de Blanco, que se retiraban de La Trinidad, después del formidable ataque filibustero efectuado el 13 de febrero, el que Blanco nos describe en la siguiente forma:

"A las cinco de la mañana dormíamos, a excepción de los centinelas, que también creo que dormían. Se oyó la detonación de un rifle. En el acto me levanté y pregunté al primer centinela: "¿A dónde fue el tiro?" Me dió una dirección; pregunté al otro, me dió otra dirección; pregunté al tercero y todos me dieron distinto rumbo. Por esta

confusión y calculando que ese tiro y a estas horas, a la puerta de mi campamento, significa mucho, llamé a las armas. En cinco minutos cada soldado estaba en su puesto, pegado a los pedacitos de trinchera. No transcurrieron otros cinco minutos cuando tres o quinientas balas de rifle y tres tiros de cañón a palanqueta vinieron sobre nuestro campo; pero ya estábamos cubiertos y ni un solo herido me causó semejante granizada. (19).

"La oscuridad de la madrugada y a más de las neblinas que de ordinario duran aquí hasta las siete de la mañana, no permitían vernos con el enemigo. Yo di orden de que nadie tire hasta que yo lo mande. El temor de que los filibusteros, por nuestra inercia, supusieran que el punto estaba dehierto, me hizo preparar mis cañones con bala rasa de las quince que tengo y esperar hasta que aclarara. Mientras tanto ellos nos mantuvieron un fuego vivísimo de rifle y artillería. Por supuesto, tiraban al tanteo, porque no nos veían; sólo a las casas me les hicieron algunas heridas con una descarga simultánea de ripalanqueta mientras aclaró la mañana. Cuando ya aclaró y distinguimos bien los grupos enemigos, también como ellos, ordené files y artillería, pero con prevención de que apuntaran bien. Entonces se encandiló la función. Ellos doblaron la actividad de sus fuegos y poco a poco calmé los míos, porque calculé que la jornada era larga y yo estoy limitado con el parque. Así es que cuando se agrupaban algunas columnas, cada diez o

quince minutos o menos, les mandaba hacer fuego de cañón o metralla y entendidos los soldados que sólo debían tirar apuntando bien. Yo tenía tres piezas de artillería colocadas como me pareció conveniente; una mandaba el capitán José Solano, y otra don Rafael Castro, y la otra el teniente Ramón Brenes, y unos cien hombres; porque aunque llegué a tener 250, entre bajas de enfermos, heridos y desertores, se me redujo la fuerza.

"Por las diez de la mañana una bala de cañón le rompió, haciendo muchos huecos, la cobija al sargento del principal cañón llamado Juan Romero, de San José, que la tenía doblada y colgada. Este sargento se arrojó a la trinchera y les dijo a los filibusteros los mayores insultos. Poco después me dijo el capitán Herra: "¿Cree usted que haya hombre más valiente que este sargento Romero?" Le contesté que el que lo fuera mucho sería como él; no por el hecho de insultar, sino por su cumplimiento.

"Hacia el medio día me gritó el oficial Manuel Sueco, a quien tenía ya opostado a la derecha del Sarapiquí, que el enemigo atravesaba el río para flanquearme sobre mi derecha. (20). Ya lo había presumido y me había preparado por este lado. Le grité a Sueco que se marchara aguas arriba del Sarapiquí y no se dejara tomar con sus soldados".

"Una hora después yo tenía encima los fuegos cruzados, pero había puesto de este lado un mentado cañón, que se llamó El Clucas en San José cuando yo

# LIBROS

Ciencias, Artes, Novelas,  
Religiosos y Música en la  
**Librería Antonio Lehmann**

Pida nuestras listas y folletos

era muchacho; lo mandaba el oficial Ramón Brenes. Le mandé poner carga doble de metralla. Puse al oficial Dionisio Jiménez, Rafael Castillo, Pedro Porras, todos de San José, con treinta rifles, con orden de esperar mi voz para hacer fuego. Se vino sobre este lado una división aproximadamente de 200 hombres, en columnas, con desorden. Ellos rompieron sus fuegos al salir de la montaña y yo quieto. Cuando llegaron a la orilla opuesta del río, que tendrá poco más de cien pasos, mandé romperles el fuego. Esta descarga y las siguientes les hicieron una matanza, hasta que se retiraron a la montaña y se apostaron tras los árboles, de donde siguieron fogueándonos.

"Había un tabanco o bodega arriba del piso de la casa, adonde había mandado alzar un queso seco como de media arroba, un saco de arroz y otro de dulce. Hacia el medio día la tropa me pedía algo de ración, porque nadie había almorzado, y como sabían que no había ninguna clase de provisión y sí que arriba había dulce, etc., dijo un soldado de Cartago que por un tajo de dulce se subiría. Yo le dije que no, porque lo mataban. Se empeñó en subir y a media escala lo mataron.

A poco vino otro de Heredia empeñado en lo mismo. También me negué: pero como todos exigían lo único que había, lo permití. A este lo apearon porque le dieron en la cara, pero no murió. Vino Pedro Porras con la porfía de apearse lo que había. Ese fue dichoso, porque aunque le vino una descarga, ya estaba arriba y lo hechó todo abajo. A puñito de arroz crudo y pedacito de dulce recionamos y nada más este día. A las dos de la tarde ya nos habían botado las casas con su artillería. Una astilla de solera cogió por la espalda al cabo Jesús Castro y lo tumbó y se dió por muerto, pero a poco le pasó el susto. Mantuvimos el puesto con uno que otro tiro.

A las cuatro de la tarde reuní a los capitanes Herra, Solano, Zarrret, Moya y Morales, y resolvimos la retirada por la noche. Inmediatamente dí orden al capitán Mercedes Morales, de Heredia, para ponerse en marcha con los enfermos y heridos tomando aguas arriba del Sarapiquí, con la bastante cautela para no ser

visto este desfile por el enemigo. El baquiano para esta zafada fue el último buey y lo mandé poner delante pues por este camino había venido.

"Continuaban los filibusteros con sus fuegos, siempre briosos por el Norte y el Este. Yo se los contestaba flojos, por la falta de municiones. A esta hora mandé a los oficiales Tiburcio Echandi y Ambrosio Salazar, con un soldado, aguas arriba del San Juan hasta encontrar el vapor y avisar que desocupaba el puesto, para que se regresara, pues suponía que el vapor del Fuerte debía llegar y temía lo tomaran los filibusteros. Al anochecer puse en marcha la fuerza quedándose en el campamento con el capitán Herra, Moya, Ramón Campos, Rafael Castro y unos asistentes. Echamos los cañones al agua, encendimos fogones bien encandilados y entre las siete y las ocho de la noche fuimos a alcanzar a la tropa. No nos costó poco encontrarla. Después de media noche alcanzamos la retaguardia. Hicimos alto y dormimos unas dos horas en la montaña".

En esta forma fue desalojada La Trinidad. Los costarricenses habían tenido siete muertos y once heridos, dos de éstos de gravedad.

El general José Joaquín Mora le había dicho a Blanco, verbalmente y con anterioridad, que en caso de una retirada se trasladase al Castillo Viejo. Pero, llegado el momento de la retirada, Blanco no pudo pasar al Castillo, no sólo porque no había camino, sino porque tampoco había víveres y, como decía Blanco, eso hubiera sido sacrificar la tropa exponiéndola a morir de hambre o en manos del enemigo.

Blanco, pues tomó aguas arriba del Sarapiquí; llegó a las seis de la tarde del 15 de febrero al lugar llamado el Muelle, desde donde le escribió al Presidente Mora y le envió el parte al Ministro de la Guerra. (21).

Con fecha 17 de febrero el Presidente Mora le contestó a Blanco, diciéndole: "Me impuse de su carta fecha 15 así como del parte que usted comunica sobre los motivos que le forzaron a retirarse de La Trinidad. Todo es de mi aprobación, y usted ha obrado conforme lo demandaban las circunstancias. Nada ha perdido usted de la buena opinión que siempre me ha merecido. Po-

co importa que tomen ese punto mortífero, nos queda el fuerte y el Castillo, etc... Anime a su gente y dígales que no se aflijan, que pronto serán vengados en un nuevo combate. Desde que supe lo indefenso del punto, por su mala situación, esperé que no pudiéramos defenderlo contra fuerzas superiores..." (22).

Si bien el Presidente Mora veía con justa razón el retiro de aquellos hombres abnegados y valientes, el general José Joaquín Mora, por el contrario, calificó duramente a Blanco por esa acción, y en carta al Ministro de la Guerra, de fecha 26 de febrero, le decía que Blanco tenía ya la determinación de consumir tal hecho, y que por eso había apostado al subteniente Ambrosio Salazar en la orilla del río para avisar al comandante del vapor que no llegara. (23).

Es evidente que el general Mora se expresaba así porque ignoraba totalmente las condiciones en que se encontraba Blanco en La Trinidad. Las suposiciones del general Mora estaban completamente equivocadas. En carta al Ministro de la Guerra, de fecha 24 de febrero, el general Mora le daba los siguientes datos: "En La Trinidad tenía Barillier 80 hombres, don Pío Fernández reforzó el puesto con 183, don Rafael Bolandi con 80, y yo a la primera noticia de haber sido atacado lo auxilié con 77 rifles escogidos, y buenos oficiales, que llegaron a tiempo de tomar parte en la refriega. Rebajando de este número 30 enfermos que en varias partidas han venido de allí a este Fuerte, restan 390 hombres que podían disponer de todas las municiones que por Sarapiquí se mandaban, y de una cantidad más que suficiente para sostener varios combates si no se desperdiciaban tirando al aire, que yo he enviado. Setenta de mis rifles han bastado a derrotar al enemigo en el Castillo que treinta hombres habían sostenido por cuatro o cinco días, me parece que en La Trinidad donde dejé todos los refuerzos que que usted me destinaba, enviando además con mil dificultades, víveres, municiones, etc. debieron pasar los hechos de otro modo. Me lisonjeo con la esperanza de que Máximo Blanco habrá conocido su yerro, y lo habrá enmendado, porque es absolutamente necesario volver a ocupar La Trinidad a cualquier costo y con la prontitud posible, sos-

teniendo el puesto hasta acabar con los filibusteros del río, y abandonándolo después por las razones que he elevado ya a la consideración de usted..." (24).

Desgraciadamente todos estos cálculos del general Mora no se ajustaban a la realidad, pues Blanco sostuvo su último combate con cien hombres, que fueron los que le acompañaron en su retirada; la tropa se había menguado por enfermedades, de serciones, etc.

El P. Brenes dice en su Diario: "Algunos por aquel tiempo trataron de oscurecer la gloria del mayor Blanco a pretexto de su retirada de La Trinidad; pero si lo consideramos según las circunstancias en que se hallaban, lejos de merecer el menor cargo es digno de encomio. Con sólo quince tubos de rifle, último resto del parque, hizo la retirada".

#### REFERENCIAS:

- (13) El Diario del Pbo. Rafael Brenes está reproducido en "Elementos de Historia de Costa Rica", del profesor Francisco Montero Barrantes. Tomo 11, 1894, página 43 a 69.
- (14) El Diario del Mayor Máximo Blanco está publicado en "Revista de los Archivos Nacionales", año III, números 7 y 8, páginas 409 a 432.
- (15) Archivos Nacionales. Expediente número 9243. Guerra y Marina.
- (16) Archivos Nacionales. Expediente número 9248. Guerra y Marina.
- (17) Archivo particular de don Faustino Montes de Oca.
- (18) Esa gente que traía Alvarado le había sido entregada por el Comandante del Castillo Viejo, don Francisco Montes de Oca, de acuerdo con la siguiente orden: "Cuartel General, Fuerte de San Carlos, febrero 8 de 1857.  
—Señor Comandante del Castillo— Pondrá usted a disposición de don Francisco Alvarado cincuenta hombres y al capitán don Rafael Rojas para desempeñar una comisión. Déle a Alvarado municiones bastantes. Dios guarde a usted. —José J. Mora".  
(Archivo particular de don Faustino Montes de Oca).
- (19) Los filibusteros venían al mando de Lockridge, y su artillería estaba a cargo del general Wheat.
- (20) Los filibusteros que atravesaron el río venían al mando del coronel Anderson.
- (21) Este parte está publicado en el "Boletín Oficial", 18 de febrero de 1857.
- (22) Archivos Nacionales, Expediente número 9239. Guerra y Marina.
- (23) Archivos Nacionales. Expediente número 4792. Guerra y Marina.
- (24) Archivos Nacionales. Expediente número 4792. Guerra y Marina.

# Tío Conejo y Tío Coyote

Una viejita tenía una huerta que era una maravilla. Allí encontraba uno todo: rabanitos, culantro, tomates, zapayitos y chayoticos tiernos, lechugas. Pero la viejita comenzó a encontrar los quelites de las matas de chayote y de zapayo comidos y después, daños por todo. Entonces hizo un gran muñeco de cera y lo plantó en la puerta.

Pues, señor, el caso es que tío Conejo era el de aquel tequio; se metía en las noches y se daba cuatro gustos gurruguseando por todo.

Cuando llegó y se encontró con aquel espantajo, se escondió detrás de unas matas a examinarlo, y al convencerse de que no se movía y que era de mentiras, la picó de valiente, se acercó y le dijo: —¿Idiai, hombré, a ver qué es la cosa? Echémonos, a ver si vos me podés atajar.

Y tío Conejo le metió su moquete, pero como el muñeco era de cera, tío Conejo se quedó pegado. Le dió mucha cólera y le metió otro moquete y se quedó pegado. Por despegarse comenzó a patallar y se quedó pegado de las dos patillas; metió la cabeza y se le pegaron las orejas.

En esto amaneció y salió la viejita a su huerta y se va encontrando con mi señor, bien pegado del muñeco.

—¡Ajá, con que ya dí con lo que era! ¿Con que vos eras, confisgado, el que estabas acabando con mi huerta? Aguardate ai y verás. Ahora te voy a pelar, a ver si te quedan ganas.

Y lo cogió y lo metió entre un saco; lo amarró y lo dejó a un ladito en la cocina, mientras iba a traer el agua.

—¡Ah vaina la que me fue a pasar!— se puso a pensar tío Conejo. Y comenzó a pegar unos

grandes gritos: —¡ Sáquenme de aquí! ¡ Sáquenme de aquí!

En esto iba pasando tío Coyote y a los gritos, se fue metiendo hasta la cocina a ver qué era. Cuando llegó junto al saco, pregunto: —¿Quién está aquí?— Tío Conejo le contestó: —Pues yo, tío Conejo, que me tienen entre este saco porque me quieren casar con la hija del rey, y yo no quiero. Yo no me quiero casar. ¡Casarse es una gran vaina!

Tío Coyote le dijo:

—¡Qué mamada! ¡Con la hija del rey! ¡Así quien no...! ¿Qué más querés?

Tío Conejo le dijo:—Pues ni aún así. Ya ves que es la hija aun así. Ya ves que es la hija del rey, y todavía si me la dieran encasquillada en oro, diría que no. ¡Qué vaina! ¡Qué vaina! El buey solo bien se lame. Yo que pensaba morir soltero...

Tío Coyote dijo: —¡Cuándo yo! ¡Más bien estaría bailando de la contentera! Yo sí que no me haría el rosita como vos.

Entonces tío Conejo le propuso: —Mirá, ¿por qué no me soltás y te metés vos en mi lugar? En la ceremonia el novio va a estar metido entre el saco, para que la princesa no se dé cuenta, porque el rey es el de la gana de que yo me case con su hija. Y una vez pasada la ceremonia, el rey tiene que convenir.

El muy no nos dejes de tío Coyote, sin acordarse de que ya otras veces tío Conejo le había jugado sucio, convino. Desamarró el saco y salió tío Conejo; se metió él, y tío Conejo lo amarró y ¡paticas! por aquí es mi camino...

Se escondió entre unos matorrales para ver en qué paraba aquello.

por  
Carmen  
Lyra



Volvió la viejita con su tinaja de agua. Puso una olla de agua al fuego y se sentó a esperar. Tío Coyote, donde oyó gente, por quedar bien comenzó a decir: —¿Idiai, a qué hora viene la princesa? Ahora sí, ya tengo ganas de casarme.

—Sí, princesa te doy a dar yo sé por dónde— le contestó la viejita.

Cuando el agua estuvo hirviendo, desamarró el saco y se asomó. —¿Ajá, con que de conejo se volvió coyote? Está bueno.

Y tío Coyote, vuelto una agua miel, respondió: —Sí señora, pero yo sí tengo mncho gusto en casarme.

La viejita cogió su olla de agua hirviendo y se la echó por la trasera.

El pobre tío Coyote salió en un alarido, y en carrera abierta. Cuando lo vió pasar tío Conejo le grito:

—¡Adiós tío Coyote c... que-mao, por amigo de ser casado!

Allá a los días, en una va y otra que viene, se va topando tío Conejo con tío Coyote. Tío Conejo se quedó como el día en que lo habían de enterrar. —¡Hijo del padre! ¡Ahora sí que me llevó quien me trajo!— se puso a pensar.

Verlo tío Coyote y ponerse co-

mo un jarro zonto, todo fue uno. —Bueno, tío Conejo, yo y usté tenemos que arreglarnos...!

Tío Conejo se hizo el tonto: —Y ¿eso de qué, tío Coyote? Yo espulgo mi conciencia y veo que en nada lo he ofendido.

—Sí, callate solfas. Por dicha que ya yo sé con la tusa con que me rasco. Encomendate a Dios, porque aquí me las vas a pagar todas juntas.

Tío Conejo, mientras tanto, estaba volando ojo para todos lados. A la orilla de una cerca había un palo de zapote cargadito de zapotes. Entonces dijo: —Bueno, tío Coyote, ¿que vamos a hacer? El que puede, puede. Pero eso sí, que antes de acabar conmigo, me deje subir a ese palo de zapote a comerme un zapotico que estoy viendo desde aquí, madurito que no sé como no se ha caído. No me mande al otro lado con la gana. Tome mi mano que vuelvo a bajar para que me tasesee.

—¡Qué caray! —contestó el otro,— andá y comete el zapote, que en seguida será otro cantar. Y lo que es yo no me quito de aquí hasta que bajés.

No bien había acabado tío Coyote de consentir, cunado iba mi señor palo arriba diciendo:

—¡Carachas! ¡Que me he visto en alitas de cucaracha! ¡Enaiias me almuerza!

Ya arriba, se puso a hacer que

comía zapote y a decir: —¡Qué zapotes! ¡Si es como estar comiendo sobao! ¡Qué ricura! Hágase de cuantas, tío Coyote, que tatica Dios encerró entre estas cáscaras terrones de dulce. Tío Coyote, ¿Quiere que ls tire lno para que pruebe?

—Bueno— respondió el otro.

—Allá te va; abra la boca y cierre los ojos.

De veras: el otro gandumbas va abriendo el hocico y tío Conejo buscó el zapote sazón más galano que encontró y se lo dejó ir con toda alma hacia la boca.

Por supuesto que le apió cuanto diente tenía y el pobre tío Coyote dijo a correr pegando el grito al cielo.

Fueron pasando días y en una de tantas, en una noche de luna, vuelve a dar tío Coyote con tío Conejo.

Todo muletas, le dijo mientras lo agarraba de las orejas: —Lo que es de ésta que no escapás, grandísimo tal por cual. Mirá como me tenés...

Y tío Conejo, aunque no era del caso para reírse, ya no aguantaba las ganas, al ver al pobre tío Coyote sin dientes y al recordar como andaría la trasera.

—Pues bueno, tío Coyote, ¡qué vamos a hacer! Cuando usted dice este macho es mi mula, nadie lo saca de ahí. Dios sabe que nada le he hecho con intención de

hacerle daño. Es que vea, tío Coyote, yo soy más torcido que un cacho de venado con usté, y cada vez que quiero hacer una paloma me sale un sapo. ¡Que el Señor le dé paciencia conmigo!

Y tío Conejo dió un gran suspiro.

—Callate, vende miel y bebe sin dulce. Quien no te conoce que te compre.

—¿Sabe para dónde iba, tío Coyote? Pues a atiparme de queso. ¡Viera qué queso! Hasta que se ve amarillito.

—¿Y eso dónde está?— le preguntó tío Coyote.

—Pues ande y vamos.

Y echaron a andar, tío Coyote sin soltar a tío Conejo.

Llegaron a un gran charco y en el fondo de él se reflejaba la luna llena.

Tío Conejo dijo:

—Mire, tío Coyote, repare qué queso. Yo creo que hay para un año. Y diga si no se le ve chorrear la mantequilla.

Y el otro Juan Vainas contestó: —De veras, tío Conejo. ¡Qué hermosura! ¿Y cómo hacemos para cogerlo?

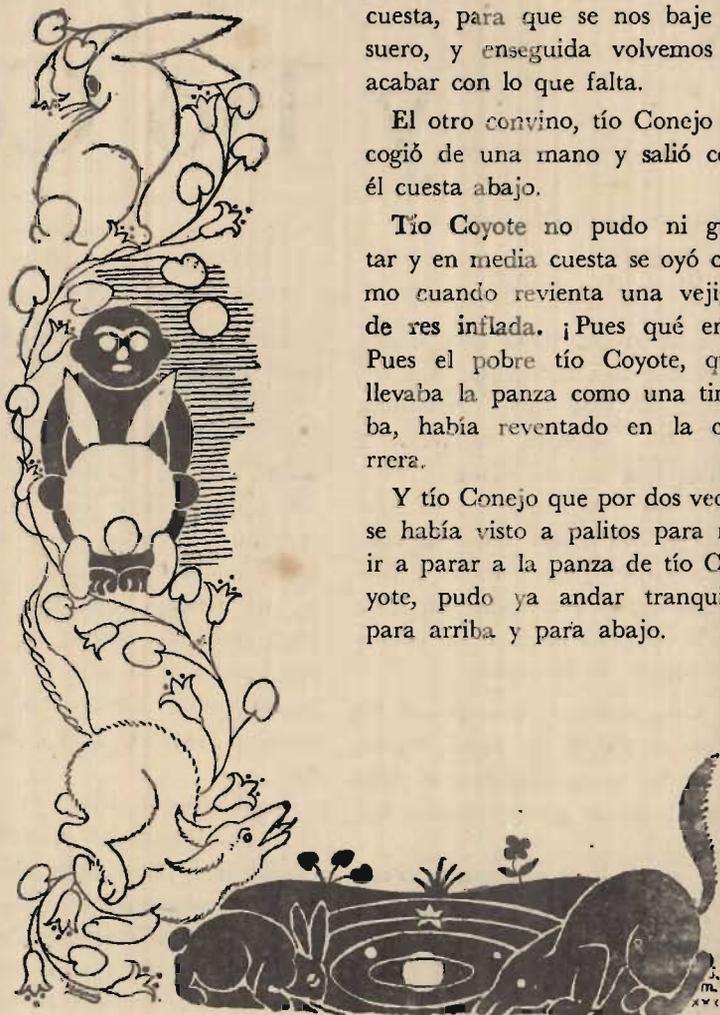
—Muy sencillo. Pongámonos a bebernos el suero. No es mucho y ahorita lo acabamos.

Y dicho y hecho, se puso a hacer que bebía. Tío Coyote sí, se puso muy en ello a beber y be-

ber, a beber y hasta que por fin ya no le cabía.

—¡Ay, tío Conejo de Dios! Ya no aguanto.

Tío Conejo respondió: —Aturruése tío Coyote, ya entre poco acabamos.



Allá al rato, jadeando y con la panza como una tambora, volvió a decir tío Coyote: —Ja... ja... ja... ¡Ay, ya no aguanto!

—¿Sabe lo que vamos a hacer?— dijo el indino de tío Conejo. Pues mire, tío Coyote, vamos a pegar una carrera en esa cuesta, para que se nos baje el suero, y enseguida volvemos a acabar con lo que falta.

El otro convino, tío Conejo lo cogió de una mano y salió con él cuesta abajo.

Tío Coyote no pudo ni gritar y en media cuesta se oyó como cuando revienta una vejiga de res inflada. ¡Pues qué era! Pues el pobre tío Coyote, que llevaba la panza como una timba, había reventado en la carrera.

Y tío Conejo que por dos veces se había visto a palitos para no ir a parar a la panza de tío Coyote, pudo ya andar tranquilo para arriba y para abajo.

# El Poeta y los Pájaros

Por Carlos Luis Sáenz

Había una vez un Poeta. Los pájaros sabían que era un Poeta. Lo sabía el yigüirro madrugador que lo veía detenerse, mañana a mañana, debajo de las ramas del higuierón del Jardín Público a escucharle sus silbos encelados.

Lo sabía la golondrina crepuscular, porque al pasar a su lado, volando a ras de la calle, lo había sorprendido ensayando el ritmo de un poema de amor triste.

Lo sabía el canario de la casa de enfrente; ¿y cómo no iba a saberlo si su vecino lo saludaba cada día con unas palabras mágicas, tiernas como la luz de la mañana?

Lo sabían todos los gorriones urbanos. ¡Y éstos sí que lo sabían! De padres a hijos, y a nietos, y a bisnietos, el singular conocimiento lo poseían todos, todos los gorriones: los de la Plaza Nueva, los del Jardín Pú-

Para Hernán y Mario Flores P.

blico, los del Mercado y los del Fortín de don Fadrique. ¿Podría no ser el Poeta aquel amable y tranquilo anciano, cuyas manos abundaban en migas de pan ofrecidas siempre para sus hambres voraces? ¿Podría no ser el Poeta, el Poeta de la ciudad?

Una vez, durante semanas, los gorriones del Jardín Público buscaron en vano al Poeta de banco en banco, de callecilla en calleci-

lla; el Poeta no aparecía. Una mañana un gorrión voló a posarse en el balcón del Palacio del Señor Gobernador, alzado frente al Jardín Público. Las puertas del balcón estaban abiertas de par en par; y aunque el gorrión sabía de sobra que los señores gobernadores no gustan de visitas sin importancia, atrevióse, como buen gorrión, a entrar al despacho y dar unas miraditas por la oficina. Sentado al escritorio, complacido sin duda por la presencia del intruso, allí estaba el Poeta. ¿El Poeta? ¿Lo estarían engañando sus ojillos? ¡No! Sobre el tablero reluciente del escritorio las manos conocidas se abrieron en un reguero de migas de pan.

Desde aquella mañana no faltaron gorriones de visita al propio escritorio del Señor Gobernador, a pesar de las protestas de los vigilantes porteros, mas con la venia absoluta del Poeta,

quien no por ser Gobernador desconocía a sus pequeños amigos y protegidos.

Cuando al Poeta se le hablaba de sus gorriones —los de la Gobernación— solía sonreír con dulzura de ensueño y narraba este cuento extraordinario: "Hacia mucho tiempo, cuando todavía

su pelo era negro, cuando aun no se le había muerto el amor que canta y besa, y acuna a los hijos, entonces, una tarde, al filo del crepúsculo de concha perla y lilas, llegó a la ciudad un ave exótica; como encontró abierta la entrada de su casa, a ella se acogió el alado huésped,

que era un pájaro errante. Un pájaro que había nacido allá al Norte, a orillas de un gran lago, y cuyo nido, en la selva virgen, protegió un volcán de penacho de fuego.

El pájaro cantó durante toda la noche; sus cantos embrujaron la vivienda, convirtiéndola en pa-

lacio aladinesco. Amaneció. Al alba, con los dulces repiques de las de las campanas matinales, el ave milagrosa abrió las alas y remontó el vuelo, cantando, hasta perderse en la altura celeste. ¡Era un luminoso Pájaro Azul! ¡Se llamaba Rubén Darío!

# TEMPORAL

Por Jorge Montero Madrigal

No había ni un rayito de sol. Hacía días que llovía y el río bramaba como nunca lo había hecho.

Llenaba de agua, como los hombres de aire, sus pulmones de río y bramaba como solamente puede bramar un río furioso. Al comienzo sólo puso un poco más de fuerza en su susurro acostumbrado, pero le fue subiendo la intensidad, subiéndole y subiéndole hasta el bramido; le subió tanto y tanto que una sola garganta no le fue suficiente y se hizo otra, destrozando milpas y llevándose el rancho de José María Tecún.

El bramido del río llegaba ya hasta el pueblo: sus dos gargantas le daban suficiente voz.

Ahogando el susurro insistente de la lluvia y casi ahogando las palabras del sacerdote, se metía a la iglesia.

Sobre el suelo, en los altares y frente a las imágenes, las candelas se consumían en su luz de esperanza. La única esperanza. La única luz. El único fuego que quedaba en el pueblo.

Las mujeres calentaban a sus chirises envolviéndolos en los petates. Los hombres se envolvían en sus ponchos.

Afuera, sobre las tejas de la iglesia, caía la lluvia, insistente y monótona.

Insistente y monótona, sobre las cabezas de los fieles caía la voz del sacerdote.

Como una lluvia, pero adentro.

Desde antes, ¡mucho antes!, antes de que vinieran los españoles a apropiarse de la tierra, los antepasados de José María Tecún, en las épocas malas, ponían fuego frente a los ídolos y quemaban el póm, pidiendo gracia. Y en días como estos, días

de agua, el sol, entonces, daba calor a la sangre del indio y hacía fructificar las milpas.

Pom, fuego y sangre calmaban la ira de los dioses enfurecidos por la maldad de los hombres. Por eso, igual que sus antepasados, José María estaba en el templo ahora, con el humo de su incienso y la llama de su vela.

Llovió más.

El río siguió subiendo.

Cerró los brazos y entre ellos quedó el pueblo aprisionado.

Todos los ríos siguieron subiendo.

Ya no había caminos: sólo ríos.

Ya no había cielo: sólo lluvia.

Ya no había ranchos, ni milpas ni trigales: ¡sólo hambre!

¡Tántos días de lluvia!

¡Tántos ríos creciendo!

¡Tánta oración que se llevaba el agua!

Tánta gente sentada en su rancho ¡sin trabajar! sintiendo el hambre filtrarse poco a poco, igual que el agua se filtra por los techos de paja.

El agua avanzó por el atrio y entró a la iglesia.

Las candelas más pequeñas se apagaron primero. Las más grandes después, hasta que sólo quedaron las de los altares que se fueron haciendo chiquitas, chiquitas, y al fin se consumieron todas. Cuando las últimas se apagaron ya no había nadie que pusiera otras.

Sólo el bramido del río y el susurro de la lluvia se oían en la iglesia. Ya no caía, insistente y monótona, la lluvia de palabras sobre las cabezas de los fieles.

Porque ya no había fieles. Ni cura. Ni palabras. Ni fuego en los altares.

¡Sólo agua!

En el rancho de su compadre Gaspar Sum, donde ahora vivían las dos familias, José María se arrimaba a las piedras donde en días mejores hubo fuego.

Sentía, sentado ahí horas y horas, la necesidad de hacer algo. Algo que los salvara del hambre. Algo que salvara a su compadre también, y su rancho y su familia.

Algo que salvara a la gente toda del pueblo.

Al pueblo.

Y a la iglesia.

Algo para que el sol se dignara mirarles nuevamente con benevolencia y bebiera tanta agua que sobraba.

Pensaba y pensaba José María, mientras la lluvia caía y el agua continuaba subiendo más y más.

El ya había hecho todo lo posible: llevó su fuego y su incienso a la iglesia y rezó sus oraciones.

¿Y entonces?

Era que algo faltaba todavía.

José María recordaba, como un rumor de lluvia, las palabras del cura cayendo sobre su cabeza.

Palabras llenas de verdad, como todas las que él dice.

"Cuando la gente es mala, Dios castiga".

Sólo un castigo podía ser tanta lluvia, porque para la tierra no hacía falta en esta época del año.

¡Y tanta gente buena sufriendo por eso!

Pero no todas las personas siembran su maíz —y el del patrón—. No todos viven en paz con su mujer y dejan en paz a las mujeres de los otros. No todos comparten con el vecino su frijol, su chile y su tortilla.

Hay gentes malas en todos los pueblos, pensaba José María. En



este también: El que se lleva la mayor parte de tu cosecha y te deja apenas un puñado de maíz para que no te murás de hambre del todo y podás seguir trabajando.

El que te rompe la cabeza a garrotazos si te tomás un trago más de la cuenta.

El que te envuelve en papel sellado y te quita el pisto en multas.

¡Támos, de veras!

El que te quita los hijos, y les da un rifle en lugar de un arado.

Todos esos son malos. ¡Malos! ¡Si hasta la espuma del agua que sube es blanca!

No amainaba el temporal.

No dejaba de subir el agua.

José María la miraba subir más y más.

No estaba inconforme con el castigo, porque había razón de castigar.

Pero el agua ahogaba a inocentes y se llevaba las cosechas. A las gentes buenas también las mordía el hambre.

Dios sólo dejaba caer el agua, pero el agua no escogía sus víctimas.

Y Dios no aplacaba su ira, ni la aplacaría mientras hubiera malos. Y hasta entonces, ¡qué no podría pasar!

En un rincón del rancho, lejos de las mujeres y de los patojos, José María habló con su com-

padre, tratando de hallar el medio que los salvara del agua y del hambre.

Hablaron horas y horas.

Al caer la tarde descolgaron los machetes y contra lluvia y río tomaron el camino del pueblo.

Allá encontraron más gentes buenas.

¡Y más machetes!

La lluvia se convirtió en apenas una niebla.

Las aguas empezaron a bajar.

Los árboles derribados muestra-

ban sus raíces, limpias por el agua

El río bajó la voz y se quedó cuchicheando como siempre, humilde, al oído de los ranchos que aún quedaban en pie.

El cielo se abrió y el sol ¡al fin! volvió los ojos hacia el pueblo, apiadado de sus habitantes.

Las ovejas, las vacas y los caballos, con las panzas hinchadas, flotaban en los remasos o se secaban patas arriba en los poteros.

Los hombres también:

Blancos cadáveres hinchados

por el agua flotaban río abajo y parecía como si en ellos, igual que en la tierra, hubiera habido temporal y el agua hubiera hecho, en sus rostros y en sus torsos, abiertos cauces.

Pero no fue agua lo que corrió por esos cauces.

José María Tecún y su compadre Gaspar Sum contemplaban los campos destrozados y los ranchos derribados y no obstante tanta ruina se sentían contentos. ¡Había bajado el agua! ¡Había sol! Y lo mejor era que toda

esa luz, que todo ese calor que, como una bendición, disfrutaban el pueblo y los campos, ¡se lo debían a ellos!

José María Tecún y su compadre Gaspar Sum contemplaban los campos destrozados y los ranchos derribados sintiendo estallarles el pecho de tanto gozo, mientras disfrutaban del sol y, cuidadosamente, limpiaban y afilaban los machetes para la nueva siembra. Porque, mientras tuvieran machetes, ¡no habría temporal que se llevara la cosecha!

## Ex - Libris

Por Gonzalo Dobles

Esa voz que pregunta desde el fondo de un recuerdo lejano...

Esa voz que interroga cada día, serena como el canto de los pájaros.

Esa voz!, esa voz!, esa llamada que viene del abismo o desde el árbol de nuestro mismo ser, o de la noche profunda que llevamos dormida en la conciencia.

Esta voz que pregunta en el amargo florecer de una lágrima.

¡Este arrullo, esta fuente, este milagro de la belleza alada!

## Cumpleaños de Rubén Darío

Noventa años de edad cumplirá Rubén Darío el 18 de Enero, y el 6 de Febrero cumplirá cuarentiuno de muerto. Su paso por el mundo duró cuarentinueve años, casi justos. ¡Cuánta gloria en tan corto lapso!

A pesar de los vaivenes de las ideas artísticas, Rubén continúa siendo, sin la menor disputa, Príncipe de los Poetas castellanos. Su arado entró muy hondamente en la entraña de nuestras letras para ser olvidado así no más. Sus

innovaciones, mucho más trascendentales que las de Garcilaso, cada día cobran mayor vigencia y actualidad.

Nadie, desde él, escapa a su influencia decisiva. Todo cuanto ha venido después de él, tiene oro de su heredad. Y pasarán los siglos e irá creciendo su estatura en el transcurso.

Desde que tuvo quince años dió señales de su genio. Desde entonces se le discute. Y se le seguirá discutiendo sobre el oleaje del

tiempo. Salió de la vida para entrar de lleno en la eternidad.

Copiosa ha sido la biografía sobre su poesía y sobre su persona. Cada día aparece un nuevo libro, estudiándolo desde ángulos distintos. Y continuarán apareciendo, porque su veta es inagotable.

¡Bendito el continente que dió a las épocas semejante poeta! Tenía que ser América, nuestra América, poblada de selvas y volcanes, de grandes lagos y colo-

sales ríos la que ofreciera al mundo esta gloria de la raza humana.

Recordarlo es un consuelo para las almas desoladas, en momentos en que la poesía parece que se nos va por rumbos vedados de sectarismo político, o se pone máscara de carnaval en falsificaciones absurdas.

Sin embargo, todo pasará; y, al final, quedará brillando su figura única como el astro que conduce a Belén.

Así sea.

CONSULTE SUS PROBLEMAS DE CRIANZA  
NUTRICION Y ENFERMEDADES DEL GANADO

a los

**LABORATORIOS VETERINARIOS  
GRESPO LTDA.**

Completa especialización en VACUNAS, ALIMENTOS,  
MEDICINAS, INSTRUMENTOS Y ENSERES PARA LECHERIA,  
DE LA CASA FORT DODGE LABORATORIES INC.

LOS MEJORES PRODUCTOS VETERINARIOS.

Apartado 599 - Cable "LAVECRE" - Teléfono 1714

**BODEGA GANADERA GRESPO Ltda.**

ALIMENTOS CONCENTRADOS PARA GANADO Y AVES  
DE CORRAL

Teléfono J-2091

Ambos bajo la supervigilancia de su propietario:

DOCTOR VICTORIANO GRESPO S.

# Mendigo de Azur

Por Mario Fernández Callejas.

Georg Brandés, el gran escritor y enayista universal, nacido en Dinamarca, en su monumental obra "Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX", cierra su estudio sobre los románticos franceses con un capítulo titulado "Los omitidos y olvidados", que nos ha parecido como si su autor hubiera tenido la macabrá humorada de conducirnos, en una noche de invierno, a un viejo cementerio, y ya en él, levantara la pesada losa de un sepulcro abandonado a fin de mostrarnos en su interior pequeñas cuanto brillantes fosforescencias que, tras refulgir fugaces como luciérnagas, se hubieran desvanecido después en la densa oscuridad de donde emergieran. Y otra vez se adueñara de la escena la sombra, el frío y el olvido.

Sin embargo, y a pesar de ello, este fúnebre capítulo constituye a nuestro modo de ver, un bello homenaje de un alma romántica a otras almas hermanas, puesto que en él nos habla Brandés con acentuado cariño y piedad, de los "caídos y desaparecidos" en la lucha literaria, que también tiene sus cruentas batallas; pero no de los vencidos propiamente dichos, cuyos ayes lastimeros no le inspiran compasión alguna por haberse hecho acreedores a su derrota, sino de los "caídos y desaparecidos" en la brega, del bando vencedor, "ya que la vida literaria es creada en tal forma que de cien que pisan la pista y comienzan la carrera apenas dos o tres alcanzan la meta". Conmovedor ofertorio a los victoriosos de la generación de 1830, derrotados por la vida, y que, a pesar de haber poseído excelentes condiciones naturales, fueron cercenados en plena juventud y fuerza o tan ecerbamente heridos que desde entonces, hasta desaparecer en la vorágine humana, deshechos y silenciosos, arrastraron una vida infeliz, porque, según Brandés, no pudieron adaptarse a las situaciones ofrecidas; menos, tuvieron el vigor necesario para transformar la sociedad

adaptándola a ellos, y fueron vencidos por mediocridades más o menos capaces en quienes el gran público reconoció carne de su carne y sangre de su sangre.

Entre estas luciérnagas literarias a cuyos manes Georg Brandés dedica tan sentida oblación, hubo una que resaltó a nuestros ojos con más intenso fulgor que las demás, dejándonos sus efímeros destellos la huella de una honda impresión, no en las retinas precisamente, sino más allá, aquí, adentro. ¿Por qué? No sabemos decirlo; tal vez porque mueve a risa... Se trata de Imbert Galloix. ¿Lo conocéis acaso? ¿Lo habéis oído mencionar siquiera? A buen seguro que no. Era Imbert Galloix un pobre joven ginebrino "con una cultura exquisita y extraordinarias condiciones", que se aventuró a viajar de su país natal a París sin contar con el dinero indispensable para permanecer un mes en esta gran ciudad, embriagado por el halo victorioso del romanticismo, espoleado por el anhelo de contemplar de cerca a los hombres que habían exaltado su imaginación en la distancia, y, si era posible, ser recibido por ellos como un compañero. Una vez en París logró introducirse en el círculo del Arsenal, cenáculo romántico y, por ende, establecer relaciones con los tres grandes de la nueva escuela: Charles Nodier, Víctor Hugo y Sainte Beuve, que eran sin disputa el pontífice, el adalid y el portaestandarte de ella. Y fue bien acogido.

He aquí, en síntesis, cómo describe Hugo las dos primeras visitas de Galloix: "En octubre de 1827 se presentó en mi habitación en una fría mañana un joven alto. Llevaba un abrigo ancho bastante nuevo y un sombrero viejo. Habló conmigo de poesía; tenía bajo el brazo un rollo de papel. Noté que ocultaba bajo la silla sus pies con cierto embarazo. Tosía algo. Al día siguiente llovía a torrentes; el joven volvió. Se quedó tres horas y habló en el mejor humor sobre los poetas ingleses, que él conocía

mejor que yo; se exaltaba por la escuela de los lagos. Tosió mucho. Constantemente ocultaba sus pies bajo la silla. Finalmente noté que tenía grandes agujeros en los zapatos y que las suelas chorreaban agua. No me atreví a hablarle sobre ello. Se marchó sin haber hablado otra cosa que de sus poetas ingleses".

Tos persistente que en la segunda entrevista acrece en fuerza y persistencia, un rollo de papel bajo el brazo, versos, que no osó enseñar, un abrigo ancho, un sombrero viejo y, como colofón de miseria, unos zapatos boquiabiertos que le creaban un complejo más, el terrible complejo de los zapatos rotos justamente, pues no otra cosa evidencian su embarazo e insistencia por ocultar los pies bajo la silla. Este era un lamentable aspecto exterior. ¿Y allá adentro qué? Fácil es captar a través de Hugo que este joven alto estaba dotado de un talento excepcional, que tenía una vasta cultura, que era una alma apasionada y sensitiva presta al entusiasmo como al desaliento, gravemente enferma de nostalgia, de esa tenue melancolía gris desvaído que caracteriza a los poetas ingleses de la escuela lakista; y captar también que Hugo, tan gran poeta como buen hombre, no se atrevió a ofrecerle su ayuda pecuniaria por temor a ofenderlo, dado que advirtió en él, por su desasimiento terrenal, su fuego en la palabra, su quimérica exaltación y su altivez de gran señor de ensoñaciones, la cabal presencia de un magnífico mendigo, de un desdichado mendicante de belleza, de un pobre mendigo de azur.

Y este pordiosero de ideal, sin pleno dominio aún de su propio idioma, estaba obsesionado por la idea fija y torturante de ser un poeta inglés y, por eso, no hablaba de otra cosa que de los poetas ingleses y amaba a Inglaterra con un amor desorbitado. Tal vehemente sentimiento se consta en los siguientes párrafos de un carta suya a un su amigo de Ginebra, tal vez su alma gemela y otro pobre diablo como él: "Oh, mi

único amigo... qué desgraciados son aquellos que han nacido infelizmente... Ayer por la noche he tenido un ataque de fiebre... Desde que estoy aquí ha tomado mi tormento cinco y hasta seis formas, pero la fuente principal de mi desventura es no haber nacido en Inglaterra. Te ruego que no te rías de mí, ¡soy tan desgraciado! Ciertamente he entrado ahora en amistosas relaciones con los más importantes escritores y tengo a veces en sociedad momentos de superficial alegría cuando gustan mis versos y puedo embriagarme con este pequeño triunfo de una noche, de un instante; pero el fondo de mi alma anímica no es sólo la desventura sino un cáncer mortal. Por mis venas corre plomo derretido. Si pudiese verse mi alma se tendría compasión de mí. Mira, Inglaterra tiene de todo, cincuenta poetas que han llevado una vida aventurera, cuyos libros están llenos de imaginación; en Francia no hay tres. Con qué gusto hubiese tenido una patria en la cual hubiese amado hasta los prejuicios; en Inglaterra tienen las viejas costumbres tanta poesía... Una dama inglesa que me da lecciones me dice que dentro de dos años escribiré muy bien el inglés".

Dos años le marcó la dama inglesa para escribir muy bien el inglés. ¡Y ni siquiera se acercó a la meta! Al año justo de estar en París se lo llevaron silenciosamente los primeros fríos de un hosco invierno. Una mañana cualquiera; pero eso sí, helada y gris, se le encontró muerto en el camastro de su buhardilla. Tenía apenas veintidós años. Se dice que se dejó morir: días antes se había encerrado en sí mismo, sin querer ver a nadie, ni oír hablar de nada, perdida toda confianza en su talento, después de haber, en penosa e injusta introspección, juzgando sus versos con más dureza que la crítica ajena, mucho más por lo bajo de lo que se merecían. Y su cadáver, ahora un harapo más en su vida de mendigo de infinito, sostenía con fiera tenacidad en su diestra crispada por la suprema angustia, el símbolo cierto de todos sus afanes, ilusiones y dolores, cual si fuera el pañuelo blanco de la hora de los adioses: una prosaica gramática inglesa.

# Poesías y Maderas de Francisco Amighetti



## VENTANAS

Con la ventana los arquitectos se volvieron pintores;  
hay casas en que la ventana  
es el único cuadro colgado en la pared.

Nos ahogáramos, no seríamos hombres  
sin la ventana del color del viento;  
hasta a los seres reclusos en las cárceles  
se les concede un pedazo de cielo y una ración de luz.

Con la ventana no estaremos del todo presos  
y podremos ver el sol y la luna  
porque todos los hombres son poetas  
aunque maldigan de ello.

Con una ventana tendremos la fisonomía de Dios  
y al asomarnos a ella rezaremos  
aunque tengamos amargos los labios  
y endurecido el corazón

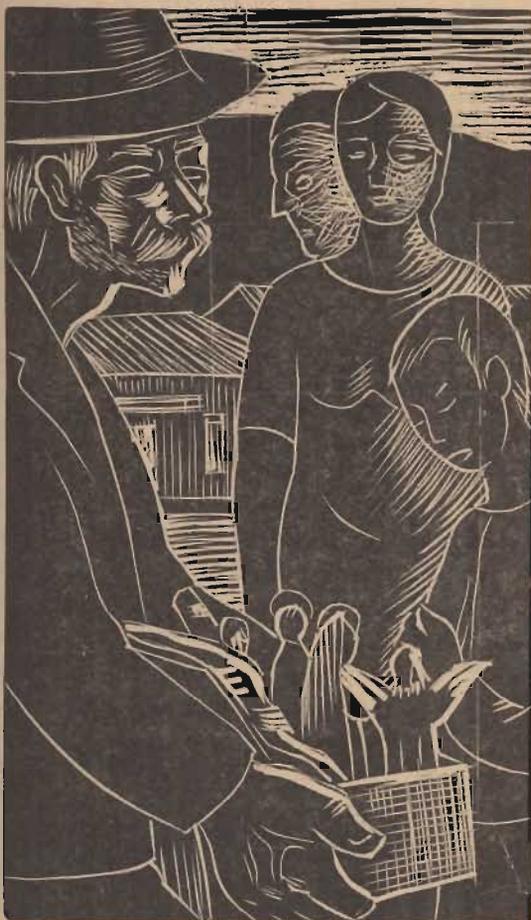
## BUENOS AIRES

Me acuerdo de los árboles desnudos  
en su esqueleto vegetal, sin hojas  
cuando el frío más sobre la carne hiere,  
sin hojas, sin pájaros, sin nidos.

Su abstracto cuerpo en el dibujo fino  
del gastado telón de los inviernos.  
Yo amé en los parques su delgado cuerpo  
y colgué en los brazos de tus ramas  
las esperanzas de mi pobre vida.

Yo sé que era entonces mi retrato  
dibujado con lápiz o tinta china  
en el libro de apuntes de los parques,  
ceñido, austero, ascético y enjuto  
en médula de esencia, despojado  
del adjetivo verde de las hojas,  
esperando mendigo, la moneda  
del sol y el canto de un pájaro perdido  
que me diga: "estás todavía vivo".





## EL VENDEDOR DE SANTOS

Compañero, a mi edad no importa la miseria;  
firmes están mis ojos, mi corazón y mi cerebro  
pero tu rostro sepia de pena estilizado  
como los cristos pálidos que fabricas y vendes  
es digno del respeto que merece el que tiene,  
no pelo sino plata, en el bigote y sienes.

Frente a la multitud sorda de los mercados  
con tus santos purpúreos en el cajón de pino  
te he dibujado, igual que a un ángel de madera  
que me hubiera encontrado en medio del camino.

Compañero, yo conozco la tristeza y dulzura  
de ser como tú eres: pobre obrero y artista.  
¿Qué somos, sino trágicos y honorables mendigos  
buscando compradores para nuestra pintura?

## ENTIERRO

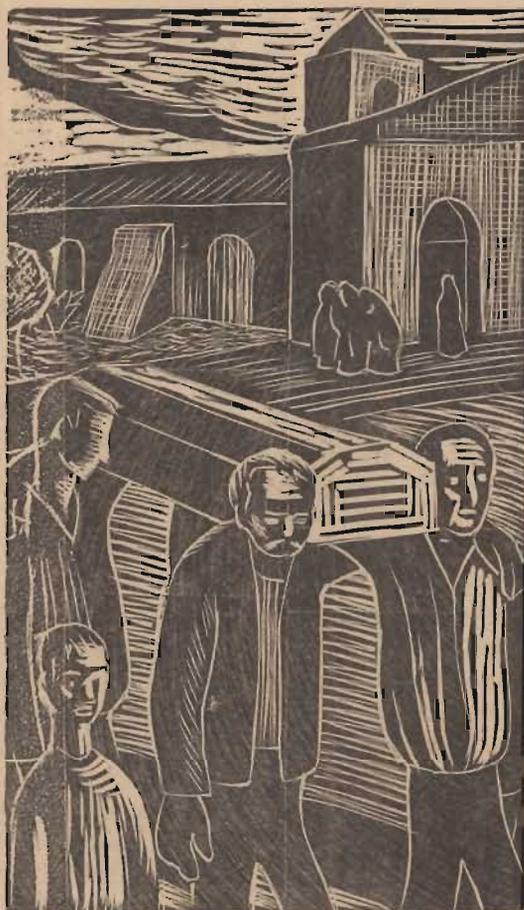
Se abrazan bajo los pinos a la sombra de las iglesias  
son tres ya viejos y uno joven que el ataúd agobia  
y el dolor seco de los hombres sin lágrimas  
los hace como tallados sobre la piedra de las tumbas.

Solamente las viejas que lloran y rezan  
van envueltas en negro como los zopilotes en los techos  
que en el invierno se acongojan en posición de estatua.

Pero los hombres en sus camisas llevan  
la tarde anaranjada y el azul de los días buenos.

Murió en un día lluvioso este campesino  
de anchas manos para regar semillas por los campos.

Los niños detrás, lo siguen con el perro  
mientras las campanas a su espalda  
lloran como mujeres encarceladas en las torres.



# El Barrio Gótico de mi Ensueño

Por Lilia Ramos.

Barcelona, archivo de la corte-  
sía, albergue de los extranjeros,  
hospital de los pobres... patria  
de los valientes, venganza de  
los ofendidos y correspondencia  
grata de firmes amistades, y en  
sitio y en belleza, única!

CERVANTES

Hacer con loco empeño del en-  
sueño, la vida y de la vida,  
el ensueño.

VILLAESPESA

La acrópolis —el Mons. Ta-  
ber— que en un lapso de muchas  
décadas contemplara libremente  
el azul Mediterráneo, fue el nú-  
cleo de la muy dilecta ciudad de  
las Ramblas. En el curso de los  
años, la población fue creciendo  
hasta agotar el espacio en que  
antes lucieran esculturas sobre  
sendos pedestales. Pero... si esas  
obras de arte llegaron a desapare-  
cer, los residentes de todas las  
épocas fueron compensando la  
pérdida. Y así en aquel embrión  
comenzó a formarse uno de los  
lugares más bellos de España.  
Voy más lejos: del Viejo Conti-  
nente.

Barri de la Seu —Catedral—

fue su nombre durante largo  
tiempo. Luego se generalizó en el  
que hoy lleva con distinción:  
Barrio Gótico. Allí se aglomeran  
los monumentos del Medioevo en  
armoniosa unidad con restos de  
la colonia romana y edificacio-  
nes de períodos y estilos diversos.

Callecitas prolongadas o cortas,  
acogedoras, resueltas en mean-  
dros que no permiten calcular  
la longitud... estrechas hasta  
hacer que, en algunos puntos, las  
casas parezcan tocarse. Yo ex-  
traño la impresión de este barrio  
vetusto; me perturba sentirme  
fuera de tiempo... yo diría, ana-  
crónica en el perimundo de  
construcciones, plazas, ángulos,  
en que hasta lo más triste y  
consumido, es hermoso, cuando



avenidas con el bullicio de un  
tráfico de metrópoli nueva. El  
cambio es brusco y enorme. ¿Qué  
fuerza recóndita obliga al cami-  
nante a modificar de súbito el  
paso ligero que lo movía en Las  
Ramblas? Yo marchó con rapi-  
dez que desaparece cuando en-  
tro en la Calle Fernando. Otro  
día, salgo de la Plaza del Angel  
donde me arrastra la vorágine y  
ando como todo el mundo allá,  
mas de pronto observo que voy  
con lentitud: es que ya vago  
por las sinuosidades cautivado-  
ras.

Hay algo íntimamente dulce,  
afable, que me acompaña. ¿O es  
que cuanto se halla en el cami-  
no ofrece una amistad, de esas  
cordiales que, a veces, se dan a  
primera vista? De las gentes y de  
las cosas emana un aura que me  
da la certeza de haber ajustado.  
¡Si!, a un microcosmos preté-  
rito, lejano, un poco raro en el  
corazón mismo de la ciudad al  
pie del Tibidabo. Es un encanto  
ir sin detenerse a averiguar cuál  
son las maravillas que inte-  
gran el desfile! Ya habrá otras ji-  
ras románticas para saberlo y  
llenar la otra sed, la de informa-  
ción amena y esencial. El lan-

zarme sin brújula, sin guía ni ex-  
periencia, satisface el anhelo de  
aventura que se niega a abando-  
narme. Ir a tientas en la bús-  
queda de un hito y no encontrarlo...  
extraviarme. Interrogar y  
hacerlo en vano porque mi sen-  
tido de desorientación es claro  
como el día mediterráneo en que  
estoy sumergida. Continuar la  
sendita y ser gratamente embele-  
sada por un tesoro que me fija.  
Entregarme a una ruta llena de  
curiosidades... dar vuelta con la  
ilusión de otra sorpresa y... al-  
canzar el rincón de partida.

La mañanita en que renunció  
con pena al canto de las aves  
en la Rambla de los Pájaros para  
penetrar en mi dirección, el Ba-  
rrio Gótico muestra faz de co-  
nocido y siento que ya puedo co-  
menzar los altos. Miro la Catedral  
preciosamente adornada con figu-  
ras volubles descritas por las nu-  
merosas palomas que habitan en  
la Plaza. Recuerdo la crónica añe-  
ja que habla del bautizo de los in-  
dios que el Quijote del Océano  
llevara a España después de haber  
descubierto el Nuevo Mundo.  
Atravieso las calles de Santa Lu-  
cía, del Obispo Iruñita, de la  
Piedad, de los Condes de Barce-  
lona, plenas de obras artísticas  
y de historia. Me detengo en un  
recodo para la fruición de un  
conjunto singularísimo; giro, lo-  
gro la Basílica... me extasio en  
la sobriedad y excelencia de la  
fachada y entro.

Es uno de los interiores más  
soberbios que he visto en mis lar-  
gos itinerarios sentimentales; con-  
templo el altar gótico y, abajo,  
la cripta de Santa Eulalia, pa-  
trona de la ciudad. Su cuerpo  
yace en un sarcófago de alabastro  
polícromo. El prodigio de las na-  
ves catedralicias arrancó un la-  
mento a don Miguel de Unamu-

caseado y, entonces, les obsequió  
panegíricos en verso y en prosa.  
Otro enamorado, rompió a llo-  
rar al deslumbrarse. El ámbito  
de la Catedral me brindó siem-  
pre un sosiego que fue cálida  
invitación para repetir mi grati-  
tud a Dios porque dotó a los  
genios con el poder creativo cuyas  
realizaciones hacen amable la  
vida.

Una tarde plácida voy miran-  
do las vitrinas que lucen prodigi-  
os de artífices nacionales. Me  
desvío y doy con una callecita  
primorosa: Petritxol. Tiene faro-  
les lindísimos y azulejos con le-  
yendas que el transeunte saborea.  
Las gocé cada vez que recorrí la  
vía, sobre todo las que, en su  
pequeña superficie, hablan de  
catalanes ilustres: Pompeyo Ge-  
ner, Angel Guimerá, Santiago  
Rusiñol. Sin darme cuenta, me  
veo en la Calle de la Paja por  
la que transito para el regocijo  
de las exposiciones de los anti-  
cuarios. Es tanto el recreo espi-  
ritual, que no me cansa el mu-  
cho andar. Estoy a la deriva en  
una encrucijada y un barcelonés  
me guía hasta la Plaza del Rey...  
donde se levanta una de las cua-  
tro columnas que se conservan  
del famoso Templo de Augusto;  
las demás se hallan in situ, en el  
montículo a cuyo alrededor se  
extendía la población con mura-  
llas de las que hay numerosos  
vestigios. La Plaza del Rey me  
subyuga en su conjunto y en sus  
partes. ¡Cómo realza la entrada al  
Tinell la suntuosidad del Mira-  
dor del Rey Martín con sus siete  
pisos de espléndidas arquerías!  
Admiro entrañablemente el fer-  
vor de los hijos de Cataluña que  
los impulsa a guardar con celo  
sus portentos, así como a aco-  
ger las nuevas ideas y estudiarlas  
para llevar las constructivas a una  
cristalización idónea. No escati-  
man sacrificio en la consecución  
de un propósito, sobre todo el de  
contenido humano que tantos  
apóstoles ha hecho. Entre los nu-  
merosos logros artísticos, señalo  
el grandioso pueblo Español en  
Moatjuich y el traslado comple-  
to de un palacio gótico, muy cat-  
alán y muy siglo XVI, que se  
encontraba en la Calle de Mer-  
cadors.

El Ayuntamiento de Barcelo-  
no dirigió la abstrusa faena y  
los doctos y los trabajadores hu-  
mildes laboraron hasta ver la  
mansión de los nobles Clariana

Padellás en la Plaza del Rey. Pero... había que excavar profundamente para una base ad hoc. Desde el principio, los ojos atómicos empezaron a descubrir las huellas de una ciudad romana y algunos restos de la cultura visigótica. Por supuesto, los cuidaron con esmero y hoy se ofrecen al público en un subterráneo de fácil acceso. El Palacio Clariana Padellás, con sus tres pisos, es el Museo de Barcelona donde el visitador pasa horas magníficas.

Del Antiguo Palacio Real, conocí el Salón Tinell, joya única en su clase. En él reposó el Almitante en charla con los Reyes Católicos, al regresar en 1493 de su increíble proeza.

Otros ambulares son indispensables para la fruición de los monumentos de tanto relieve, como los anteriores, en el Barri de la Seu, La casa del Arcediano donde se aloja el Archivo Histórico de la Ciudad, de estilo gótico-renacentista, contiene además una hemeroteca famosa. Noctívaga en dulce compañía, pude oír el ruido de las gotitas que caían de las hojas húmedas y del surtidor del patio que se puede admirar a través de la cancela.

Frente a la casa del Arcedia-

no, está la Capilla de Santa Lucía; en el altar, la imagen de la patrona de los ciegos y de las laboreras de la aguja. Pintoresca y alegre la celebración de su fiesta, el 13 de Diciembre; hay despliegue de objetos de corcho, figuinas, plantas silvestres, adornito. variados, casas diminutas... todo cuanto sea de buen gusto para el atavío de los belenes.

¡Plaza de San Jaime! El Palacio de la Diputación con su atrio enriquecido con su galería y su escalera; con el Patio de los Naranjos y la fastuosa Puerta de la Capilla de San Jorge. Se miran la Diputación y el Ayuntamiento que rivalizan por la excelcitud de sus haberes. El último posee el Salón de Ciento donde ese número de consejeros formaba una asamblea municipal; es otro de los tesoros genuinos de Barrio Gótico. El Salón de Crónicas ostenta unos murales del glorioso pintor José María Sert, inspirados en las hazañas de los catalanes en Oriente en su lucha contra turcos y griegos.

Me atrae la calle de los Condes de Barcelona con sus casas medievales y "ochocentistas". Hoy busco el Museo de Marés, institución que abriga una varie-

dad de antiguallas muy valiosas. En él puede hacerse la indumentaria... reconstruir una época ida con lo que se guarda en cada dependencia: sombrillas, calzado, abanicos, pipas, estuches para rapé, cajetillas vacías. Son muy buenas las obras de los imagineros, así como la de los herreros artistas. El insigne escultor, Federico Marés, regaló a la ciudad sus galerías, fruto laborioso y opimo de varios lustros y de una fortuna.

¿Cómo olvidar en mi reseña el Legado Cambó? La colección magnificante, hoy de Barcelona, estuvo a punto de quedarse en las manos profanas de un tirano de América que pretendió robarla para su conversión en dinero. Desde una ventana del Museo Marés, se goza de un rincón de la pinacoteca de curiosa biografía. He aquí albos nombres: Boticelli, Ghirlandeio, Rafael, Gorreggio, Ticiano, Van Dyck, Gainsborough.

Yo anheleba iterar el júbilo en "El silencio de la noche sobre el pentagrama del infinito"

García Lorca.

y me lo brindó la visión más poética del Barrio de la Seu. Todo

era luminoso aún en la penumbra o en la oscuridad. Todo era paz aún cuando la cobla rompía la quietud con su música conmovedora y unos profesionales tácitamente acordaban:

"... nous danserons ce soir quelque lente sardane"

Louis Codet.

Y el espectáculo que tanto me fascina, "La sardana es el alma sonora de Cataluña", hizo brotar en mí otra raíz que hogaño nutre el sentimiento telúrico que su grandeza creó en mi pasión.

Navidad del 56.



# La mujer costarricense a través de cuatro siglos

## II

Fué Costa Rica la cenicienta de la época colonial. Pobre, intelectual y económicamente, insignificante en territorio y población, olvidada de España y de la Capitanía General de Guatemala. Sin agricultura y sin comercio, el estancamiento de actividades debió de ser absoluto.

Si descuidada fué entonces la enseñanza masculina, a las mujeres se las educaba en un régimen conventual, sujetas a los devo-

cionarios y a las labores severas y exclusivas del hogar. El lento proceso evolutivo de la mujer costarricense tuvo hondas raíces en la deficiente educación general del país en sus albores, en la limitación de actividades femeninas, en la parcialidad con que se juzgaba a su cultura.

Si la misma preparación hogareña hubiese sido orientada hacia rumbos superiores, con visión más clara del porvenir, a fin de que las madres hubiesen podido encauzar, más tarde, el

estudio de sus hijos, hasta colocarlos en terreno ventajoso para un más rápido cambio en las costumbres, los resultados habrían sido halagadores. La ignorancia, generadora de prejuicios, selló los labios de las costarricenses, y lo peor de todo, abatió el vuelo de su pensamiento.

Los mismos hombres conocieron la verdad de muchos de los acontecimientos patrios, debido a la labor paciente de espíritus acuciosos, de investigadores incansables, que esclarecieron he-

chos y aportaron datos dormidos en la penumbra en que Costa Rica vivió durante muchos lustros.

En aquel período oscuro de nuestra historia, cuantos quisieron aprender y seguir cursos universitarios, tuvieron que abandonar la patria.

Cuentan las crónicas que en casas de familias distinguidas, mujeres solteras de diferentes edades, jamás tuvieron en sus manos una carta para leerla y hubiese sido sacrilegio el escribirla. La lectura de manuscritos se miraba con recelo; en cambio la letra de molde tenía mejor acogida en los hogares.

Cuando las brisas libertarias batieron la frente de los costarricenses, en el amanecer del siglo XIX, la educación se impartía sobriamente, en casas particulares: lectura, escritura, las cuatro reglas aritméticas y la doctrina cristiana formaban las disciplinas docentes. En cuanto a

las mujeres, así como se les velaban las ventanas con telas de algodón, para evitar miradas indiscretas de las niñas púberes, y se les privaba del espejo con el propósito de que no se envane-ciesen de su hermosura, se tenía sumo cuidado de no enseñarlas a escribir, no fueran a redactar misivas para sus enamorados. Es curioso constatar que en los últimos años del siglo XVIII, un Rey de Prusia, consideraba también impropio que las niñas aprendiesen a escribir y se fundaba en las mismas razones en que lo hicieran nuestros antepasados.

Los goces de las mujeres de entonces se limitaban a visitar, en cada estación seca, la costa del Pacífico, bajo la estricta vigilancia de los suyos. En el resto del año las absorbían por completo las faenas del hogar. La crítica acerba, la murmuración y hasta la calumnia encontraron campo abonado para su desarrollo, ambiente favorable a sus maquiavélicas empresas. Cuando los intereses de sociedades pequeñas se reducen a meros asuntos familiares, a escasas fiestas sociales y a determinadas prácticas religiosas, no es aventurado pensar que la comidilla social sea plato del día. Las familias de severas costumbres, de mentalidad estrecha y de preparación incompleta, no se conformaban, y con razón, a que sus hijas fuesen pasto de todas las conversaciones.

En sociedades en donde las mujeres actuaron en una misma o semejante dirección, con pareceres uniformes, prejuicios y costumbres heredados, puede decirse que se llegó al fenómeno de estagnación. La conformidad absoluta no permite que el progreso siga su curso normal. Se avanza cuando hay inquietudes espirituales, cuando el corazón y la mente no se acomodan a la monotonía del diario vivir, cuando las aspiraciones se elevan y hay pugna de voluntades.

El temperamento bastante tranquilo del país, desde los amane-ceres de la vida política que, si bien es cierto, nos libró de contagios dictatoriales y revolucionarios, se perfiló en la indiferencia femenina para mucho de lo que fuera negocio público. Sin embargo, las costarricenses en las oportunidades ofrecidas para demostrar su civismo, aun en medio de la semi-oscuridad ambiente, no vacilaron en brindarle a la patria

los tesoros de su virtud ciudadana. Así se les vió desfilar, con estándares, en las primeras décadas del siglo pasado, cuando se pidió la libertad de prensa.

En un tiempo, aun no remoto, sucedía que la constante preocupación de los hogares era la educación de los varones. Había que hacerlos médicos, ingenieros, abogados, dentistas, farmacéuticos, agricultores, para lo cual se necesitaban economías, a costa, muchas veces, de sacrificios de las mujeres.

En la actualidad las condiciones han variado mucho, y la existencia nueva exige preparación para todos, sin distinción de sexos. En numerosos casos se ha probado que las mujeres son el sostén de la familia.

En países como el nuestro la atención de los gobernantes se ha mostrado cuidadosa con la cultura femenina, tanto que al sorprendernos la nueva situación política nos encontramos con buen número de mujeres de bastante preparación mental.

*Por qué no comencé mucho antes?*



Cuanto más joven comience usted a capitalizar con su SEGURO DE VIDA mucho más fácil le será porque las primas son más económicas,

SU FAMILIA ESTARÁ SIEMPRE AMPLIAMENTE PROTEGIDA, pase lo que pase,

y usted o los suyos, podrán recibir todo el beneficio de su seguro!

No espere a decir:

**"¿POR QUÉ NO COMENCÉ MUCHO ANTES?"**

Pida informes a un Agente Solicitador del



**Instituto Nacional de Seguros**

No debemos jamás olvidar que toda mujer por independiente que sea, desde cualquier punto de vista, necesita de una acertada preparación de hogar; pero al mismo tiempo de profesión u oficio que le permita, en caso urgente, subvenir a gastos de subsistencia propia o de los suyos.

La vida moderna está llena de ejemplos de mujeres viudas e impreparadas para hacerle frente a situaciones difíciles; de solteras que añoran el tiempo ido sin haberle sacado ningún provecho, por temor a la crítica o a cuanto dió en llamarse virtud doméstica.

Hacen falta Escuelas Profesionales, en todas las cabeceras de provincia, en donde las jóvenes obreras aprendan con lucidez sus oficios, reciban preparación moral e intelectual y sean acreedoras a mejores remuneraciones.

Las poblaciones rurales necesitan escuelas de orientación agrícola, de modo que las niñas aprendan a apegarse a la tierra con mayor despejo y a trabajar junto al hombre en igualdad de condiciones, sin esa servidumbre

en que las pobres campesinas han vivido durante incontable número de años.

La organización de estas enseñanzas merece especial cuidado entre nosotros; de ella pueden derivarse innumerables bienes, en beneficio de la tranquilidad social. La vida humana nos induce a serias observaciones y es preciso estudiar, con detenimiento, las diferentes necesidades, a fin de procurar la máxima felicidad.



# POESIAS DE IGNACIO DE LA CRUZ

## VOLCAN IRAZU

A Arturo Echeverría L.

¿Qué golpe de ternura, garganta desgarrada,  
alto esmeril del aire, socavón del silencio,  
te recorrió la arena  
y te acercó al oído de las constelaciones?  
¿Qué pan, qué águila dulce  
fluyen aquí en tu copa de cielo sin reloj,  
de espanto mutilado,  
del gris al rojo al humo,  
de grito que retorna como una piedra mágica,  
de azufre que levanta su piel de tigre al viento?  
¿Qué zarpazo de nube te peina y te despeina  
y es un caballo ciego que mide tu cintura;  
qué puñal en tu llama creció como la muerte,  
qué por dentro tan hondo te reventó las vísceras?

Aquí, sobre tu anillo de ceniza y relámpago,  
donde el rayo alimenta sus leopardos de fuego,  
el viento se acompaña, silba a su soledad,  
y fecunda las ubres de las nubes más altas.  
Aquí, sobre tu círculo, farallón de la muerte,  
los pájaros del tiempo,  
y la noche en racimos y el vino de los astros,  
Aquí, los dos océanos,  
como perros echados que nos lamen las manos,  
y la lluvia que esparce sus arañas de niebla  
y la estrella que pare las guitarras más hondas,  
Aquí, sobre tu anillo  
de ceniza y relámpago,  
¿qué Cristo al caer tanto te abrió el alma en pupilas?

## NADA COMO LA NOCHE

Nada como la noche, frutal hembra del sueño;  
como su sombra y el neón que despliega murciélagos azules.  
¡Nada como sentarse  
a recoger sus astros uno a uno!

Nada como la noche  
que comenzó a crecer más allá de la piedra y del mito  
y fue escribiendo nombres en las cortezas todas de los árboles  
y puso en nuestra lengua  
las palabras más dulces casi hasta adelgazarse,  
como en el día primero de Adán y el Paraíso.

Nada como mirarla y sumergirse  
hasta tocar el hueso de las constelaciones  
y regresar  
impregnado hasta el tobillo con el barro celeste.  
¡Nada como sentarse  
a recoger sus astros uno a uno!

## EL MAR

A Fabián Dobles.

El mar,  
abismo en donde sólo el sueño  
puede exprimir las uvas de su costado abierto,  
ha vuelto hoy a mis pasos:  
con la estrella que cae noche a noche en sus redes  
y el perro de luz blanco que ladra en cada ola.

Ha vuelto hoy a mis pasos,  
mientras la sal recobra su estatura de garza  
y Dios descansa alegre en el séptimo día.

El mar,  
amor tan tenso que forja su arco de islas  
para poblar al aire de pájaros y pájaros;  
el mar,  
perro y sombra del tiempo  
y selva sumergida que levanta a los vientos sus campánulas;  
el mar,  
cielo vuelto de espaldas,  
la sangre a cántaros fluyendo  
y a cántaros la música derramada en el aire,  
todo  
—con sus pequeñas ostras, hermosas como un sexo,  
y los muros antiguos de sus grandes cetáceos—,  
todo  
—con las grutas que cantan la desfloración de las vírgenes—,  
todo  
—con los cangrejos que tienen las dos plantas de Cristo—,  
azul:  
para alumbrar la huella del pie sobre la arena,  
para medir la orilla del secreto del hombre,  
para tender el alma a orear en la Estrella Polar.

## La poesía eterna

## SONETO

Por don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas

Ya formidable y espantoso suena  
dentro del corazón el postrer día;  
y la última hora, negra y fría,  
se acerca, de temor y sombras llena.

Si agradable descanso, paz serena,  
la muerte en traje de dolor envía,  
señas de su desdén de cortesía;  
más tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el amor desacordado  
de la que a rescatar piadosa viene  
espíritu en miserias añudado?

Llegue rogada, pues mi bien previene;  
hálleme agradecido, no asustado;  
mi vida acabe, y mi vivir ordene.

He aquí uno de esos libros que se escriben muy de vez en cuando: LA DIVINA TRAGEDIA, todavía inédito, del poeta nicaragüense Adolfo Ortega Díaz.

Es ésta una obra en verso cuyo análisis estilístico constituye en sí amplio tema para un ensayo, Sin embargo, apartándose un poco de esta parte del estudio, que más bien concierne a los eruditos, se puede apreciar también la existencia de otros aspectos no menos interesantes en esta obra cuyo contenido es preciso analizar.

Este libro posee una estructura muy compleja, pues encierra una gran variedad de temas y de metros, aunque con unidad lírica. Es la historia de un amor superdeterminado por un destino adverso, cuyo alucinante fondo pictórico es el trópico grávido de exuberancia, con su telúrica persistencia y su dolorosa realidad cotidiana. Un drama que pone en relieve la reciedumbre del alma del latinoamericano, a la vez que exalta su capacidad para el sacrificio sin cálculo, en defensa de los valores fundamentales de su tierra natal.

El poeta se coloca dentro de este paisaje, e influenciado por el clima de angustia que caracteriza su propia vida, canta su tragedia y la de su Amada sin más ritmo ni más guía que su propia cadencia interior. Pareciera inspirarse en el pensamiento de Paul Claudel cuando afirma que "el arte poético es mi relación con el mundo exterior y el de las cosas en sí mismas con respecto a su simultaneidad", y que "la creación poética podrá caber en el metro que el alma constituye". Sus versos corresponden, pues, a la situación que plantea, y el relato marcha, más que en el tiempo físico, en el tiempo psicológico. Esta difícil adaptación, por lo demás muy bien lograda, hace de este libro un poema fundamentalmente humano, más bien una gran epopeya regida en última instancia por el amor.

LA DIVINA TRAGEDIA es, además, un libro afirmativo, a pesar del tema luctuoso del título y del medio en que la acción se desarrolla. Aunque el ambiente es siempre dramático, el drama no logra hacer disminuir la intensidad del impulso a la vida de los personajes, ni anular su fuerza combativa: ambos se debaten por el amor hasta el final, en una

## "Cuanto más sufre el alma, más entiende que existe"

Por María de los Angeles Pacheco

lucha desesperada aun contra la muerte, que no logra vencerlos. El amor y la vida triunfan, pues, sobre todas las adversidades: el amor por la ensoñación y la vida por la idea.

Este libro tiene también carácter épico; es un evocador y a la vez patético documento que refiere una serie de hechos de la historia del Caribe. Recuerda la tragedia ancestral del indio aniquilado por el conquistador y relata con pasión la tragedia tan americana del desterrado, a la vez que constituye la más rebelde protesta por el drama de Nicaragua ocupada y arrasada por el yanqui.

Por su multiplicidad y dramatismo es un libro esencialmente latinoamericano; una obra cuya raíz ahonda en el corazón mismo del hombre de nuestra América.

... "Ella es la gran matriz de donde saca todos sus reinos la Naturaleza, que en el trajín continuo de la vida se juntan y se funden y se integran. Ella es la gran raíz, la fuente única, el útero de Dios, el Alma Tierra. De allí nace y allí retorna todo: alfa y omega de la vida eterna." ...

Este poema, además de expresar una serie de consideraciones sobre el nacer, el amar y el morir, como círculo fatal del mundo viviente, esboza un presagio de la tragedia posterior: "Aquí vence la vida eternamente y la muerte es un mito..."

Pero el *Poema de la Tierra* no es solamente un símbolo de la tragedia sino también un recurso más, empleado por el autor, para

... "Al compás de las grávidas cabriolas de las olas, alegres barcarolas vuelan bajo la palma de la luna".

Tampoco falta la presencia del tibio sopor tropical, en medio del

... "Como un alfanje de plumas que pasa partiendo el ámbito, brillante, filoso, agudo, se escucha de vez en cuando

Además, por su beligerancia fuerte y su delicadeza a veces infantil, por el oscilar entre la vida y la muerte, por la contraposición angustiosa entre el mundo real y el mundo del sueño, LA DIVINA TRAGEDIA es una extraordinaria sucesión de contrastes que sin embargo no llegan a chocar.

Pueden distinguirse, a grandes rasgos, tres temas fundamentales en esta obra: la tierra, el amor y el exilio.

Aun cuando la presencia de la Naturaleza se siente en todo el libro, es en el *Poema de la Tierra* en donde el poeta le tributa su máximo canto; es más, el *Poema de la Tierra* es, dentro del conjunto, un verdadero poema clave que casi alcanza aliento bíblico:

destacar el contraste existente entre el amor todo virtud y el medio en que éste se desarrolla: una naturaleza desbordada, salvaje y sensual, rica en paisajes lujuriosos, casi mágicos. "Lago mago", denomina con insistencia el Lago de Managua, que inspira una hermosa serie de sonetos, en los cuales la musicalidad y el colorido tienen en verdad algo de mágico:

cuál se escucha el canto del gallo del vecino:

el tajante y sonoro entonamiento de un gallo. Ronronea, hecho un ovillo en un taburete, el gato" ...

La tierra es el escenario decisivo para el curso de la vida humana y a la vez la imagen del hombre mismo. ¡Hasta las fuerzas naturales que la amenazan son hermanas de las fuerzas del espíritu! Hay un momento en que éste invoca a aquellas en su ayuda: en la *Epopeya del Destierro*, cuando el poeta se lamenta de la tragedia de su patria atropellada, le lanza este grito al volcán Momotombo:

... "Vuelve a vomitar duelo. Rompe otra vez tu arteria de roca derretida. Pon a bailar el suelo y esparce el desconsuelo. Sé tú la voz del Cielo contra tanta deshonra, impudor y miseria" ...

Más aun, la unión entre la Naturaleza y el hombre es a veces identificación. Así, el paisaje crepuscular, que es el que impresionara hondamente al autor, coincide también con el clima en que se desenvuelve esta tragedia ultra-humana. Es decir, el ocaso redentor de una alma que se salva por el amor, pero cuyo triunfo se proyecta en las sombras del más allá, en la eternidad.

El amor, que también matiza toda la obra, está tratado con fuerza y delicadeza. Es un sentimiento ideal, dijérase siempre sumido en vaguedad de sueño, pero que justamente por esto es positivo, real y concreto en el alma del poeta. "Junto a mi *Flor*



de Sueño sueña mi alma" dice un verso del *Sonetario Lacustre*.

La Amada es el personaje blanco, estelar y luminoso que siempre está superpuesto a todo lo material. Aun cuando en cierto momento le dé el nombre de *la Dama Roja*, es siempre la perso-

... "Y un sueño, un sueño, un sueño... Vivir soñando. Los dos y Dios, en los límites del Todo y de la Nada..."

Pero este gran drama de ensoñación siempre está unido a la muerte. Aun en los momentos más felices, cuando todo es fiesta optimista de corazones jóvenes, el presagio de la tragedia está presente. En el *Sonetario Lacustre*, así como en el *Poema de la Tierra* y en los *Nocturnos*, hay

... "Hoy, ya viejo, varado, con la quilla rota y de fuera más de una costilla, yace en la orilla. Más su blanca banca, firme aún junto al mástil carcomido, ofrece al blanco amor un blanco nido al blanco arrullo de la noche blanca"...

Sin embargo, a pesar de su etérea existencia, el amor es fuerza poderosa que triunfa. Su triunfo es el triunfo total del espíritu. "En un volar de estreno", como el poeta dice, su alma descubre el consuelo en la absoluta idealización de la Amada, gracias a la acción del dolor sin límites. En esta forma el amor vence al tiempo y a la muerte, en versos de gran lirismo cuya profundidad recuerda a los místicos:

... "En la noche de mi ceguera brilla Ella, como sobre la ruta hacia Belén la estrella, alumbrando el camino que conduce al perdón. Que non puedo llorar, non".

Esta solución del amor hace de este libro una obra de carácter platónico y a un tiempo afirmativo en su idealidad, pues gracias a Ella hasta la imagen de la muerte se reviste de belleza. "Muerte, si eres un lucero —que se apagó en su pupila!"— le dice casi con ternura.

Es el canto supremo a la vida como vencedora de las fuerzas

... "Quizás Tú, por magnífica por celestial, por bella, la convertiste en sola y tan lejana estrella que su luz no nos puede llegar. Pero su huella es inborrable y única. Mi alma dará con Ella"...

Y efectivamente, en un clima amor continúa triunfando eternamente: eucaristía y de paz total, el

... "y continúa el venturoso idilio de clima en clima azul, de Cielo en Cielo, en eternal, glorioso pervigilio"...

Lo que hace que esta obra alcance proyecciones latinoamericanas es el tema del exilio,

El exilado latinoamericano es, ¡ay!, un tipo humano muy actual. Es el eterno extranjero —aun cuando viva en auténticas patrias

nificación del pensamiento lírico del autor, en lo que en él hay de más diáfano y transparente. Sumida también Ella en la penumbra del sueño y desdibujada, es guía suprema y permanente en la vida interior del poeta:

presagios del drama posterior. Al reparar en el viejo bote abandonado en el lago, el poeta presiente en él una imagen de la soledad sin fin que años después padecerá, cuando su alma no encuentre otra luz que el recuerdo de la Amada muerta:

zación de la Amada, gracias a la acción del dolor sin límites. En esta forma el amor vence al tiempo y a la muerte, en versos de gran lirismo cuya profundidad recuerda a los místicos:

negativas y al sueño como salvación onírica del alma humana en los instantes en que sus grandes pasiones parecen hacerla sucumbir acosada por un destino adverso. Así mismo, es la rebelión a la supuesta importancia del hombre ante la muerte y el reto a la Providencia: *Mi alma dará con Ella* es su grito de desafío:

amor continúa triunfando eternamente:

adoptivas— que sólo existe por la esperanza de redimir la patria lejana, la cual casi termina también por convertírsele en tierra de sueño. El hombre cuya existencia se desliza en lo provisional por años y años, en espera úni-

camente del regreso a su ciudad natal y a la vieja casa materna. No se arraiga en ningún sitio, pues su rebelión contra las fuerzas que lo alejan de la patria es permanente. Nostálgico y solitario, envejece rumiando recuerdos que casi siempre toman la forma de una mujer, la novia de juventud perdida para siempre en medio de los azares de un abanlono súbito. Este drama tan humano y tan nuestro es también

el drama del autor: es más, su tragedia lo lleva a veces a identificar la Patria y la Libertad con la persona misma de la Amada. El drama del exilio se confunde con el drama del amor aunque éste último sea siempre el más fuerte. Y así, por esta circunstancia, esta obra toma carácter épico y encuentra acomodo inmediato con nuestra sensibilidad y nuestro momento histórico. El poeta lo sabe y escribe:

... "Quiero pintar con fiel pincel al desterrado: inmóvil en la borda al comenzar la quilla a hender el mar, de codos junto a la barandilla, con la mirada torpe, hueca, de trasnochado, fija, como de estatua, bebiéndose el paisaje nativo, que se aleja y se aleja y se aleja hasta hacerse plomiza vaguedad; una queja llenándole la boca; reventado raizaje que se crispa y se alarga señalando el barbecho del cual lo arrancó el odio con violencia y crueldad, las manos angustiadas; y una horrible ansiedad, —corvo pico de buitres— devorándole el pecho"...

¡Cuántos desterrados, de los muchos que ambulan por nuestra América, verán en esta descripción la sombra de su propia imagen!

Después de este rápido vistazo al libro de Adolfo Ortega Díaz, hay que afirmar que sólo se puede emitir juicio crítico sobre él después de efectuar un análisis detallado: es extenso y múltiple. Pero sí es indudable que LA DI-

VINA TRAGEDIA toca muy a lo hondo nuestra sensibilidad y nuestra manera de entender la vida, pues nos presenta al hombre apasionado, instintivo, de imaginación, recio y sentimental a la vez, que parece inclinarse a pensar con este poeta cuando dice: "... cuánto más sufre el alma, más entiende que existe".

París, 31 de Dic. de 1956.



DE NOMBRAMIENTO DESTILADORES DE WHISKY ESCOCÉS AL DIFUNTO REY JORGE VI. JOHN WALKER & SONS, LTD.

# Un Gran Escocés



## JOHNNIE WALKER

El hijo predilecto de Escocia  
representa todo lo que es mejor  
en Buen Whisky escocés

Nació en 1820 y sigue tan campante

DISTRIBUYE:

MONTEALEGRE HNOS. LTDA.

Tel 3794

FRENTE A PAQUETES POSTALES

Ap. 1238

# En Guayaquil

## Epístola a Carlos Flores

Por Antonio Jaén-Morente.

Vivo ahora en un huerto florido. Usted conoce la senda. A mi huerto le llaman también "Hospital". Acepto la ternura etimológica de "hospes" en su sentido nobiliario de huésped. "Hospital" es palabra que se proletarizó y se hizo terrible a la gente, como signo de dolor, miseria y desgracia.

Algo como lo ocurrido con la cordial de "asilo", que muchas veces olvidamos significa "inviolable".

Casi tenían razón. Ya cantaron las guitarras abuelas en Andalucía por plazas aldeanas y cortijos serenos, el doliente decir:

*"Cuatro casas tiene abiertas  
El que no tiene dinero,  
El hospital y la cárcel,  
La iglesia y el cementerio".*

Yo también me acordaba de este cantar viendo los arqueólogos nidales de piedra, en el hospital quiteño que fundara Hernando de Santillán. Me traían un eco del renombrado "Hostal" del Nuncio de Toledo que un día, ya lejano, conocí en brumas de literatura e historia y otro, más cercano, casi adiviné entre humo de las granadas incendiarias.

Mi "hostal" de ahora (de hospital viene hotel), no es así. El aire el huerto orea... trayendo al ánimo la suprema cántiga de Fray Luis.

No es verdad, —han dictaminado los críticos—, que este, lanzara nunca el senecista "decíamos ayer". Sin embargo, lo aceptamos como verídico todos los que tenemos más ayer que hoy, poseyendo más caminos espirituales en el pasado y ya casi ninguno en el futuro.

Este ayer se para lento hoy, en el huerto de Guayaquil. y con él, como el huerto está en flor, "cantando pasa la canción del sueño".

### LA FLOR.

La flor es también para mí, en su muestrario vivo y aquí en la alianza botánica hispano-indíge-

na, como un hito del caminar histórico, un poco del claro asomar del alma del paisaje, para ofrecer paisajes al alma.

Usted lo sabe don Carlos, la planta hermana se acomoda a las zonas climáticas, en cierto modo zonas del espíritu, y las formaciones vegetales son grandes imperativos que el suelo ofrece al hombre. Así, el bosque y la estepa, aún la tundra y el desierto, tienen un distinto y supremo valor geográfico. También el jardín. Casas... patios... y jardines.

Hay plantas guías y señeras como arones de límite que unidas ferman esas regiones poderosas que llamamos, por ejemplo, región del naranjo o de la palmera porque es allí todo para ellas en el plebiscito callado de la naturaleza.

En mi huerto, —entre rosas de pasión, laurias espléndidas y la clemátida blanca roja—, elegante y poligonal está la "yerba Luisa" de Doña Luisa, como alguno dijo en diez y ocho hispano, y, para mi contento, el naranjo negruzco, verdoso y español. El naranjo, para los hombres del valle del Guadalquivir, tanto como el olivo, nuestro árbol de adoración.

Tres árboles ha habido en Andalucía mercaderes de cultura y liminares de civilización. La "palmera", primitiva, muy oriental, vieja y fenicia; el "olivo", greco-romano, más ateniense que romano. Córdoba, madre del olivo hispano, no es una casualidad, está en el paralelo de Atenas. Después de la palmera y del olivo, el granado, árabe y berberisco; y más tarde, en una casi alianza afro-hispana, el naranjo, que para Andalucía coexiste con el período literario del aljamiado. Y aún, en el arquitectónico, con lo mudéjar. Nuestro espíritu es de "mudejaria", es decir, hecho a crisol.

En los días en que el andaluz sintió renovada la personalidad regionalista, hizo su bandera,

blanca y verde, comparándola con un limonero en flor.

### EL ESTILO.

Ya ve usted Don Carlos como este mi estilo de hoy —tristeza y lejanía— sensibiliza demasiado, aunque no salga directo de mi pluma, sino al través del telear de un dictado. Yo, que odio los dictados en la vida. Pierde sencillez; tiene desviaciones, lomos y honduras, como los inciertos cursos de un sembrío.

Para mi sembrío espiritual, manos amigas traen libros a mi huerta. ¿Cuántos son? Muchos y beneméritos. De ellos iré hablando poco a poco. Yo los oigo leer en este remanso y los anoto en la memoria. No puedo escribir.

*"¿Dónde te has ido tiempo ven-  
[turoso  
Con tu entusiasmo y tu risueño  
[afán!"]*

Y van pasando nombres y cosas, como sombras ilustres, en procesión.

### LOS LIBROS.

Ha sido usted quien me trajo sus "Panoramas", enviándome con ellos "tradición", que es dos veces traer.

De veras, "Semidioses y Hombres" merecía una edición especial, un poco ampliada como antología selecta de todos los grandes nombres que usted cita y estudia, para enviarla —galeón literario— de retorno a España, que aún no tiene punto de vista claro sobre la nueva civilización de estas grandes patrias.

Y hablaría con gusto de este intercambio de luces poéticas, a usted, tan selecto amateur de España, de los poetas que ha producido la entraña del pueblo en nuestra última guerra. Tengo clavado en el corazón un "Romance negro de Córdoba"... Pero esto quédese para otro largo dialogar cuando el tiempo clarifique mi espíritu.

Leyendo sus "Reminiscencias históricas" he sentido igual emoción que al conocer "Semidioses", "El Nueve de Octubre" y "La Batalla de Ayacucho".

Con mirada española y visión de historiador estuve un día en el solar de Ayacucho, magnífica condensación de las eternas Españas, amalgamadas en el caso de la historia. Otra vez, en el Oriente Asiático, surqué las aguas de Cavite, donde acabó de hundirse España. ¿Tumba Ayacucho? ¿Tumba Cavite? Sin embargo, copiemos una vez más la frase: "Por encima de las tumbas, adelante". Ellas pueden ser luz.

Luz también son sus libros; llevan el zumo espiritual de las vendimias. Yo me detengo ante la dedicada a Don Miguel de Unamuno.

Tiene Ud. razón, Don Carlos. La suprema valía de Cervantes, aquel gran Don Miguel de España, divino, —como lo imponía su nombre teóforo— refleja esplendor en el nombre de Unamuno.

El mundo es ahora plenamente universal. Se cerró el ciclo, el gran tiempo democrático liberal que os hizo nacer y os dió vivir. Hoy, por los nuevos deberes que impone, el gran nacer de América se apresta a una depuración espiritual. Y esa depuración está en la Historia. En sus historias que usted y otros amigos trabajan con tanta excelencia.

Larga es mi epístola, mayor ni afecto, porque agasajar a un vencedor es planta de cualquier clima, pero tender la mano a uno de los hombres en éxodo, sólo es de grandes espíritus. Muy grande me pareció el suyo, cuando un día luminoso de Guayaquil, se entreabrió la portalada de mi huerto-hospital para que un caballero me trajese un libro. "Libro" y "libre", son parecidos en hondura etimológica. "Libres" eran, los que estaban en el "libro".

Corto mi decir, con estas soñadas etimologías, acentuando el vibrante recuerdo que usted me trajo de aquel Don Miguel de nuestro tiempo, que, a veces, para hablar, también se ponía la mano en el pecho.

Y escribiendo a usted, lo imito.

# Manuel de la Cruz González y la pintura

Por Arturo Echeverría Loria

Hace ya algunos años, dejando el camino real del academicismo, se lanzaron por las veredas de la investigación y el estudio de las escuelas pictóricas modernas, —libre la imaginación creadora— varios pintores, entre los cuales se destacó por su preparación intelectual e inquietud, Manuel de la Cruz González, quien hizo ensayos de pintura mural en el "Círculo de amigos del Arte", que fueron destruidos al cerrarse ese centro de cultura.

A Manuel de la Cruz se le reconocen muchas cualidades, todas emanadas de su alto espíritu estético. La savia de su personalidad pictórica es su propia vida en angustiosa superación, colmada por los misterios de la poesía y la maldición del atormentado en lucha continua con el arte y con el medio ambiente, casi siempre sórdido y mezquino, para dar campo al preocupado por otras cosas que no sea el bisbiseo aldeano o la alabanza de éxito económico o político.

La forma en que Manuel de la Cruz trata el paisaje, es armónica, equilibrada, con valores y caracteres propios, de ricas gamas de color que reflejan, en el fondo, la tristeza de nuestras campañas, verdes con monotonía en las épocas de lluvia, o doradas como espigas caídas, bajo el sol del verano que es tan fugaz en el trópico. El paisaje es húmedo como la misma tierra nuestra. El pintor lo siente y lo expresa con originales trazos cuyo efecto es de magia y de vigor, y no de anemia intelectual o de visión extraña. Hay probidad en su ejecución, conocimiento denso del dibujo y de los efectos de equilibrio en los tonos; mira con ojos de quien lo siente muy suyo y lo interpreta. El Pintor sabe que los

caballos pueden ser azules como las montañas y su imaginación responde a lo que el tema le sugiere intimamente, sin tapujos de reservas mentales.

Manuel de la Cruz es una fuerza de inteligencia y corazón, que sabe ver e interpretar con claridad lo que ve, y ver en esa forma es una rara cualidad; saber ver, atravesar la niebla de lugares comunes, ir más allá de las densas capas de aire que circundan lo cotidiano, es crear y perpetuarse en la creación.

Tratando la figura humana, Manuel de la Cruz la boceta sensual, de acentuados rasgos, de fuertes pinceladas que revelan su ser, su sangre. La línea mórbida del lápiz que las forma, es profunda y reveladora de grandes misterios, de abismos tenebrosos que reflejan el carácter del hombre o la mujer que movió la sensibilidad del artista. Ya ha llegado a un conocimiento valioso de la técnica, que su mano docilmente la conduce por la obra de arte, un problema cuya solución siempre busca dolorosamente, alcanzando armonioso equilibrio entre ritmo, emoción, dibujo y color.

El complejo eterno del hombre creador es la angustia ante la vida; frente a la tela o el bloque de granito o el papel, a donde dejará impresa su obra, y en la que penetra tan hondamente como la sorpresa del primer hombre sobre la tierra, ante la simbólica manzana del Paraíso y los desnudos senos de la mujer, comparables en su belleza a las líneas del dibujo, a las sugerencias en el paisaje, en fin, el problema siempre renovándose de la creación, sacando de la nada la eterna e imperecedera obra de arte.

Manuel de la Cruz no complace a los que evitan herir sus almas o angustiarse ante los problemas humanos. Cada trabajo suyo es un abismo a los ojos del observador inteligente, y sugiere infinidad de cosas y de pequeños detalles que directamente tocan las cuerdas más sensibles. No un complacido ni un complaciente, sino una fuerza que se busca así misma. En el delirio de creación conoce la agonía unamunesca de ser hombre y artista.

Dice Emerson, y aquí recuerdo al pintor Max Jiménez, que "ningún cambio de circunstancias tiene acción sobre el carácter", y esto es cierto; el artista en todos los momentos de la vida responde como tal, no importa el medio ni el ambiente en que viva, ni el silencio que a veces es la peor de las maldiciones que puede caer sobre su obra, y que es moneda corriente con que se paga los desvelos y el esfuerzo de casi toda manifestación de arte.

En Manuel de la Cruz, a pesar del medio, su deseo de superación es manifiesto; a pesar de la indiferencia, su poder creativo no sufre mengua, y esto está lealmente demostrado por su obra pictórica rica en originalidad.

La libertad en la obra de arte es un reflejo de la íntima libertad del individuo, puesto que sin ésta no es posible la creación. No es la simple copia del paisaje o de la figura lo que hace la obra de arte, sino la interpretación densa de esos elementos. El artista pone en ellos su ser, su vida, su personalidad íntegra, enhiesto ante su angustia y su pasión.

El artista exige a la obra y ésta, en reciprocidad, al artista y ambas exigencias despiertan en el espectador la sensibilidad, la ira, o lo llevan suavemente a la contemplación.

Nos dice Manuel de la Cruz que el arte moderno es un despertador de reacciones violentas que conducen a la admiración, o a la más impetuosa reacción de cólera. En el arte moderno, como en la vida misma, el choque de la sensibilidad, no de la sensiblería, con el medio, es definitivo; no se produce a medias tintas, sino de una manera cabal, casi con brutalidad. Y así el artista es o nó es; lo mediocre, lo insulso, lo vacuo, tienen en el arte lo que puede tener de vida el humo arrebatado por el viento.

Manuel de la Cruz González en Cuba, bajo el sol antillano y el calor hospitalario de ese pueblo que vibra con una emoción primitiva y clara, plasmó su arte en poesía de colores y sus trabajos en dibujo y pintura abstracta, revelaron nuevos rumbos de su pasión artística. Y también en esa forma subjetiva que deviene su originalidad del sueño y de la vigilia y que es creación de un mundo lleno de nebulosas, grietas y abismos, penetró su ingenio recogiendo experiencias valiosas para su obra, cuyos valores formativos siempre llevan el sello de su personalidad. La madurez de su pintura tiene su honda raíz en el dibujo, en el oficio. Manuel de la Cruz es magnífico dibujante, conscientemente seguro de su línea; su trazo limpio revela su inteligencia y el color de sus pinturas, su luminosa imaginación.

Por eso su obra responde al milagro de lo creado sin trucos, y está plena de sinceridad y honradez.

Viajero de emociones, Venezuela recogió su talento; y entre lagos silenciosos y llanos agrestes, Manuel de la Cruz sigue la cambiante y profunda búsqueda de su ser pictórico, de su alma sondeadora y visionaria que, algún no lejano día, se reintegrará a nuestro pequeño terruño que necesita su talento y su condición de incansable preocupado.

Manuel de la Cruz en su pintura nos sugiere estas observaciones sobre el problema del arte y la creación. Y es a juicio nuestro este pintor, un creador de positiva conciencia dentro de la vida y no a la orilla del mundo. Vive plenamente su tragedia de artista: cumple hasta más allá de lo que el ambiente le permite, su misión de líneas, de luz y de color.

# Flor del Camino

Por Ramiro Miró

¡Oh dulce provincia, conservadora, mística e ingenua! Provincia trabajada en sus lentas evoluciones por los ensueños venturosos de sus jóvenes cándidos, domésticos y felices; por la fe y las convicciones de honesta vida fácil, en las conciencias de sus adultos; por la cristiana resignación de acercamiento a la paz perpetua, en los corazones de sus ancianos. Provincia llana, sin deslinde de contrarios planos de clases sociales: algunos pequeños ricos; algunos grandes mendigos; algunos tipos excéntricos, —limpios de roña picaresca—, y los más, la mayoría, gentes buenas, trabajadoras y acomodadas.

En ese ambiente exento de violencias y contrastes —una paz, por ello un tanto insulsa— ni relámpagos de afirmaciones, ni truenos de negaciones poderosas, quietud de lago propicia a la áurea demociudad, al reposo de aves de corto vuelo; paz con sus días de entresemana rutinariamente laboriosos y sus domingos de miel y campaneo religioso; paz con sus noches serenas ennoble-

cidas por la luna y aromadas de floripondios.

En tal ambiente irrumpió el joven escritor, el lápiz cabalgando sobre la oreja, las cuartillas en blanco, rodeado por el halo de triunfador en veladas familiares y municipales; veladas de arte en las que el joven escritor declamaba poemas de Santiago Argüello, de Valencia o de Gabriel y Galán; en las que Tonelo cantaba, y en las que Fermín encantaba con la música de su guitarra serenatera y un si es no es, bohemia.

Por las estrechas calles de la ciudad —empedradas, hermosas y tranquilas—, transitan los pordioseros; los pordioseros conocidos de todos; transitan los viejecitos casi legendarios que se destacan del gris común de las gentes por sus originalidades.

El joven escritor, sensible a la realidad de su ciudad provinciana, se da a la tarea de empezar a representarla, simpáticamente, en su obra inicial: generoso, caritativo, humanitario, pone sus ojos en los mendigos y en los vieje-

NOTA AL MARGEN DE  
"POR EL AMOR DE DIOS"  
DE LUIS DOBLES SEGREDA.

itos pobres que van por esas calles de Dios; los acoge en su aprecio y para sus conterráneos, expresa el ejemplo valioso de esas vidas simples que lo han impresionado y conmovido.

Los busca, se relaciona con ellos, se informa de sus historias; indaga en sus conciencias; los trae a su amistad protectora. Poco a poco, descabalgado el lápiz, va componiendo los auténticos retratos; así queda en las cuartillas el de Moreira, el de Pícale, los pordioseros; el de Venao, el de Calachitas y el del anciano músico ciego, Alejandro, tocador de tuba y exportero del Liceo de Heredia.

En busca de la indispensable valoración crítica para su reciente obra, —no se conforma con los juicios laudatorios de Fermín, ni de Tonelo, ni de Gonzalo Sánchez B.,— al joven escritor lee sus páginas a los que en Heredia entiendes más de bellas letras: a don Carlos Gagini, al poeta don Luis Flores, al Cura Párroco José J. Calderón, artista músico. Todos las aprueban con encomios.

Inquieto el joven escritor —que es también nuestro profesor de Castellano en el Liceo—, quiere saber cómo apreciamos nosotros, los muchachos, sus páginas heredianas. Nos cita a su cuarto de estudios —acogedor, modesto, limpiísimo—. Y una tarde de verano dicembrino nos lee, delante del retrato de la novia colocado para su inspiración en el escritorio, nos lee con voz clara, diestra en la interpretación artística, el manuscrito breve de su "POR EL AMOR DE DIOS".

Terminada la sesión —acto de amistad con que nos ha distinguido el joven profesor— nosotros no sabemos que hacer... A coro tartamudeamos un: "¡Muy bien, don Luis!" Nos había mostrado, o revelado, todo un mundo nuevo: el de los cuerpos y almas de los pordioseros y de los viejecitos que día a día habíamos visto pasar por las calles urbanas, sin que se nos hubiese ocurrido pensar que en cada uno de ellos alentaba el alma de un hombre, con pleno sentido y misterio de la existencia humana.

El Padre Calderón se interesó en la publicación del librito. Don Luis lo editó. La primera edición —delicado rasgo del joven escritor—, la regaló para que el producto de la venta ingresara a las arcas de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

¡El Santo Galo bendijo sin duda entonces, doblemente, al escritor novel amigo de sus amigos: los pobres de la tierra!

He aquí una sencilla flor de la ternura provinciana.

La luna llena plateaba la noche repleta de calma. Sentados a la orilla de un perezoso riachuelo, una pareja de enamorados conversaba quedamente. Ella frágil, esbelta y dulce, hija de cacique. El ágil, alto y fuerte renombrado cazador y temido guerrero. La luna, testigo de sus cariños conocía de sus planes, de su constancia, zozobras y amoríos. Miraban plácidamente la inmensidad del cielo, con las manos entrelazadas, prometiéndose amor eterno, escuchando el bullicioso silencio de la plácida noche. Súbitamente el silencio se interrumpió al crujir dolorosamente una

rama seca que se quebraba. El guerrero de un salto se puso en pie con el filoso puñal desenfundado pero... el inquietante ruido no se repitió más, la armoniosa calma continuó. Una suave brisa transportaba el perfume

de las fragantes flores silvestres.

La aldea, con sus pequeñas y numerosas chozas, con su imponente palenque y su majestuoso templo al Dios Sol, permanecía despierta. En las chozas, grupos familiares conversaban y reían al

calor de los chispeantes fogones. En el templo solemne silencio llenaba todos los rincones, la estatua de piedra erigida al sol reflejaba inconstantemente las rojizas llamas de la tea perennemente encendida en su honor.

## EL IRAZU

Por Guillermo Castro E.

En el palenque, los principales de la tribu oían entre olores a carne asada y chicha de maíz leyendas de los héroes del lugar, contados cadenciosamente por un anguloso servidor del templo del Sol, quien con mano hábil golpeaba un tosco tambor que resonaba con furia cuando el relato se refería a momentos de peligro o de heroísmo. El viejo cacique sentado en sitio preferente escuchaba con gran atención. Su rostro cruzado por profundos surcos de experiencia, brillaba como si fuera de bronce, iluminado por las amarillantes llamas del fogón expresando intensa serenidad.

Como un felino entra en su cueva cuando no lo amenaza peligro alguno, así entró arrogante y silencioso el gran sacerdote al palenque. Paso a paso atravesó el lugar hasta acercarse al patriarcal jefe. Susurrante empezó su relato. Ninguno de los presentes oyeron ni una palabra con claridad. El rostro del anciano que reflejaba serenidad completa segundos antes, empezó a cambiar sucesiva y rápidamente de expresión. Las llamas, primitivos reflectores, iluminaban la transfiguración: disgusto... apatía... leve interés... profunda atención... sorpresa... tristeza... enojo... cólera... furia...

El cacique lentamente se incorporó. El narrador automáticamente cortó su relato. El gran sacerdote de ojos negros pequeños y refulgentes se apartó de su lado y el anciano con paso lento pero firme se dirigió hacia el templo.

Ante el monumento al Sol, rasgando sus vestiduras clamó: Sol todopoderoso, oh Dios inmenso! Con profundo dolor vengo hoy, triste día, a pedirte clemencia para nosotros y castigo ejemplar para quien no supo obedecer tus inflexibles mandatos. Mi hija, mi propia hija, insensatamente ha querido por mucho tiempo a un guerrero de la tribu de cazadores, enemigos de nuestra raza y nuestra religión. Por su sacrílego pecado oh Dios, te pido castigar su falta y maldecir al miserable infiel. Quejumbroso, el cacique continuó suplicando, primero con voz sonora y fuerte, luego con gritos poderosos, ensordecedores. La calma de la aldea fue desalojada por los retumbantes gritos del viejo que al Sol Dios pedía ejem-

plar castigo que fuese lección eterna para los pecadores irreflexivos y desenfrenados.

El Dios... le oyó. Con mano omnipotente tomó a la dulce y enamorada muchacha y con furia la incrustó en el azul del cielo, en el azul intenso, en el azul profundo, convirtiéndose en suave, blanca y vaporosa nube que engalanó por primera vez al cielo de Costa Rica.

El Dios vengativo no tocó al bravo guerrero, viril y valiente. Murió de soledad jurando luchar

eternamente por alcanzar a su amada.

Como era tradicional, el intrépido guerrero fue enterrado en la llanura con los ritos y ceremonias dignos de sus méritos y rangos.

Sus amigos abandonaron pronto el lugar quedando en la tumba el cuerpo yerto, guardián del juramento eterno. Esa misma noche la tumba quebró la monotonía de la llanura, empezando a crecer. Con esfuerzo titánico creció convirtiéndose en túmulo,

lentamente de túmulo en duna, despaciosamente de duna en loma, de loma en montaña, de montaña en el imponente Irazú. Irazú, centinela gallardo de aquella llanura que fuese cual mesa de billar. El juramento estaba cumplido...

En las mañanas frías, la nube blanca, vaporosa y femenina, cariñosamente envuelve al gigantesco Irazú, guerrero viril, eternamente disfrutando de su amor, el cual ni el omnipotente Dios del viejo cacique logró separar.

## BARRANCA

Por Juan del Mar

Era casi la media noche cuando se abrió el cielo. Una hoja fina de fuego cortó las dormidas nubes. Hubo después un silencio, y luego, desde lejos, desde muy lejos, en oleadas de sonido, vino el trueno a dejar el temblor en los árboles y en las tranquilas aguas del río. Los verdes manglares de las orillas sostenían prisioneras a las garzas que esperaban el alba, para salir en vuelos; y en las rocas lejanas, junto al mar, los árboles querían dejar la tierra para hacerse barcas, o peces y navegar en las ondas. Nada es tan penetrante en el silencio, como el grito de un pájaro marino y el golpe del remo.

El remero, desnudo hasta la cintura, manejaba los músculos de sus brazos dejando perderse su mirada en el aire salado. Vamos por un estero verde. Los mangles son lanzas entre el fango. Es un caño angosto lleno de sombras. Sólo se oye el remo y el impulso del remero; una voz pausada dijo: "Hace mucho, casi veinte años, por este mismo lugar he pasado; nada ha cambiado". "Le llamábamos el estero de Manuel el Pescador, un viejo que vivía donde empieza la montaña, en una choza, entre redes de pescar y una barca. Al amanecer despertaba el mar con el chinchorro que sacaba plateado de peces. ¿Vivirá todavía el viejo Manuel?" El remero piensa, deja el remo y responde: "No recuerdo. Soy todavía joven. Pero en el fondo, casi en la montaña, hay una choza abandonada y una barca. Nadie sabe quién ocupó el rancho. El fogón está lleno de cenizas petrificadas y no hay señales de vida". Todos ca-

llamos y pensamos en lo que fue de Manuel "El Pescador", el que también cruzó el estero y lanzó su red en el mar. El que sacaba el pan de cada día de las aguas eternas y saladas y vió la resaca y esperó la repunta en los amaneceres marinos.

Siempre hal tristeza en el recuerdo. La vida al retroceder se hace nostalgia y angustia. La tarde, la noche, el alba, todo es igual y todo es distinto. El mar es el mismo y no lo es; el río es el mismo y no lo es. En la solitaria barca amarrada a la orilla hay un deseo de partir y en nosotros hay también un deseo de partir. Pasamos por estos mismos sitios hace muchos años, y volvemos a estos lugares con otros pensamientos, con otras almas, con otras preocupaciones. Pero todo es igual y sólo el mar nos da la sensación de libertad, el sentimiento de ser libres y nos abandonamos al recuerdo y a sacar de los signos perdidos que dejan las estrellas de mar sobre la arena, el misterio del futuro. Sobre las arenas hay granos de misterio profundo, de impenetrables signos, de indecifrables dibujos, como también se ven en las rocas amarillas donde hay conchas y caracoles dormidos, por miles de años, junto a la hoja petrificada de un helecho. La vida en estas regiones de luz es tranquila y hierve al Sol y el calor se puede tocar con las manos y el mar sigue incesante acariciando la arena.

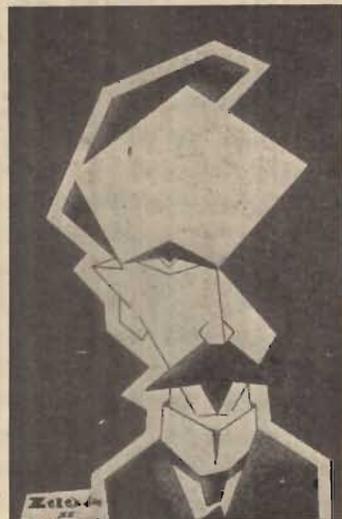
En el aire, cuando el atardecer se hace noche, se oye la marimba, y el grito. Hay fiesta bajo las entrelazadas palmas de un rancho. Y la música lanza

un revuelo de alegría. Algunas parejas bailan y en las mesas, frente a frente, en silencio, con sus vasos de aguardiente a medio vaciar, sin decir una sola palabra, por horas y horas se sientan dos pescadores bronceados. Los mosquitos son sus compañeros y pican sus ovaladas caras de barro, oscuras y quemadas. Mañana, tal vez amanezca con las calenturas y en una estera bajo un rancho, se queman temblando de frío. El paludismo es como un fantasma en estas regiones del trópico. Nadie sabe cuándo llega. Viene de las fangosas orillas, de las aguas verdes y estancadas bajo las raíces de los mangles. Esa es la tragedia de este paisaje. El hombre no lo ha vencido. Está vivo y se venga en la tierra de quienes la habitan. El que sufre es el hombre. La tierra es bella con charcos estancados a donde la luna se baña y toma agua una garza. El mar deja prisioneros en pequeños pozos, peces de plata y cangrejos inquietos, caracoles y pequeños monstruos de sus regiones profundas. Pero el hombre, miserable que día a día lucha con sus olas o labra la tierra, es un insignificante grano de arena o un árbol en el cual lentamente se destroza la vida.

Dejamos todo bajo la noche. El camino está poblado de ruidos. Hay que partir por la carretera bordeada por la espuma del mar y por los árboles gigantes de la selva. Todo va quedando detrás en tranquilo reposo. Ya no se oye la marimba. Ya no se ven las caras ovaladas de los pescadores. Sólo el ruido del mar está presente.

# Martí Heroico

Por Proteo



El 28 de enero de 1853, hace ciento tres años, vino al mundo ese hombre extraordinario que se llamó José Martí. Quisiéramos que cada año, por este tiempo, los jóvenes de América leyeran, o siquiera hojearan su biografía. Porque recordar es vivir; y repasar uno por uno todos los aspectos del genio polifacético de Martí, abre el alma y la expande por los claros horizontes de la Esperanza y de la Fe en nuestro destino. Si nuestras juventudes conocieran a fondo la vida ejemplar del Apóstol, el Continente entero reafirmaría su devoción a la democracia, que fue la base sobre la cual levantaron los próceres nuestra independencia, todos ellos animados por los más altos ideales del espíritu, proclamando la igualdad, la fraternidad y la libertad en la Declaración de los derechos del Hombre. Todos ellos fueron al sacrificio iluminados por la luz celeste que prendió en su seno el amor al prójimo.

Pero Martí no fue solamente al sacrificio; también al martirio. En esto no se le compara nadie, sino Lincoln. Las dos Américas se dan la mano en el holocausto de ambos seres sublimes. Tanto Lincoln como Martí conocían su destino y jamás titubearon en cumplirlo. Los dos son hombres civiles, hombres de hogar. Lincoln, en sus mocedades, escribió en el puño de su camisa, en el tren que lo conducía a Getysburg, la maravillosa arenga

sólo comparable al Sermón de la Montaña; Martí después de una prodigiosa vida literaria, escribió su DIARIO de campaña y una carta de tono profético a su entrañable amigo mexicano Manuel Mercado la noche antes de morir: . . . "Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber". . .

De lleno en la acción, en la acción diaria, con el sudor permanente cuyo olor desagradable conocen todos los conspiradores de la Historia, su espíritu se agiganta hasta lo legendario. Los años que corren de 1890 a 1895 son los más largos y grandes de su vida. Precisamente, de ese lapso es del que más hablan los historiadores, porque en él se multiplica hasta hacer con las uñas una gran revolución de andamiaje cívico. Su lucha tremenda no es sólo contra los españoles, sino también contra los mismos cubanos, contra los norteamericanos y contra sus propias pasiones de hombre temperamentalmente tropical. Así, aunque sea con la muerte, triunfa al final. Cuando ya lo tiene listo todo, hombres, armas, barcos, dinero, una traición deshace sus planes. Sin embargo, nunca lo abandona la Esperanza, su Esperanza; y así sabe quedarse solo, solo con él mismo, proyectando su sombra de coloso contra la pantalla de la Eternidad.

Desde su cumbre en donde el Sol yo no se pone nunca, puede exclamar para los siglos: "Mi vida me defiende; que me defiende mi vida". . . Al brillo de su verbo encendido por la pureza y el desinterés, logra que todos

los buenos cubanos, negros y blancos, altos y bajos, lo amen. Y eso basta. Cuando, después de la entrevista con Máximo Gómez en Santicristi, se embarca con él y otros seis compañeros hacia la muerte y la gloria, la serenidad nimba su hermosa frente. De Costa Rica parten Antonio Maceo y Flor Crombet. La guerra está planteada. Guerra dura. Guerra cruel. Un episodio digno de Homero: cuando Antonio Maceo, que es un gigante de ébano, lo encuentra en el campo de batalla, lo abraza y lo levanta como a un niño y le pasa la mano por la frente: la fuerza bruta acariciando a una alma con temple de acero. ¡Hermoso símbolo! Hércules elevando un lirio. Un lirio con pétalos de sol.

Su secreto de persuasión no puede ser más limpio. Sólo su genio creador es tan claro. En estos tiempos atroces en que Fenicia parece vencernos, sus palabras tienen tintes de aurora: "No existe política donde no hay amor. Amar, amar siempre". Aquí también se confunde con Lincoln. Aquí vuelven a polarizarse esas dos almas, hijas de una misma estrella, del propio lucero que alumbró el camino a los Reyes Magos en el sonoro Amanecer de Belén. La leyenda maravillosa cuenta que Melchor era negro, Baltazar aceitunado y Gaspar blanco. Las razas se juntaron para adorar al Príncipe de la Paz, la verdadera Paz que iguala a los hombres y borra las fronteras. La Paz amada por José Martí y por Abraham Lincoln, por la cual ofrecieron su vida en sacrificio. *Agnus Dei qui tollis peccata mundi...*

Un notable panfletista continental que degeneró en novelista perverso, dijo hace ya sus años que el viajero que remonta el Eurotas, buscando en la falda del Taigeto, entre las ruinas de Esparta, la tumba de Leónidas, regresa sin hallarla. "Pero encontrará allí —agrega— un zócalo en el cual puede todavía leerse esta palabra: *Teaema*. Es la estatua de la risa que Licurgo levantó entre las tumbas espartanas. Ha vivido más la carcajada que el heroísmo: esa es la Gloria". Nosotros no podemos creer en semejante cinismo. Para nosotros son inmortales los laureles que coronan las sienes proceras. Y, si traemos a cuento al mencionado panfletista, es por la influencia nefasta que por muchos años tuvo en nuestras juventudes, influencia que parece perdurar en algunos sectores.

El heroísmo es don de Dios. Desde la más remota antigüedad los pueblos han mantenido el culto a sus héroes. Muchos de los héroes de Grecia fueron convertidos en semidioses por la veneración popular. América no se ha quedado atrás en este culto saludable. Lo acabamos de comprobar hace apenas tres años, en el centenario del nacimiento de José Martí, cuando se alzó un clamor continental laudándolo en sus múltiples facetas, en cada una de las cuales fue grande entre los grandes. El dijo: "La libertad es la religión definitiva", y supo morir en el ara de esa religión. El dijo: "La Patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber", y supo agonizar por esa Patria, y sacrificarse heroicamente por ella.

Y esa Patria es toda América. Su América.

aparta, aparta, aparta!, gritan todos aquí, como en la fiesta de la comedia *El despertar a quien duerme*, 1, 15, donde está este primor:

*niña guárdate del toro  
que a nadie guarda decoro  
sino a lanza de oro  
con que el interés le dá.  
Guárdate del toro, niña  
que a mí mal herido me ha.*

# Tréboles de Lope

Por Juan Chabás.

La poesía popular llena de aromas lo más profundo y delicado, tierno, de la lírica española. Ya es sabido; no insistiré en ello ahora; conténtome sencillamente con oler, trascendido, ese aroma. Llega del campo y de sus flores; no de culta jardinería renacentista, sino del campo verdadero; con mieses, con pastores, no fingidos, de cabras y ovejas y labradores de azadón y arado.

Los limones que lanzan al aire las virgos de Gil Vicente, creando la gracia de su poesía, las naranjillas de Sánchez Badajoz y de Góngora, del mismo Lope de Vega, evocan, hasta con sus giros formales, ritmo de canto y baile, los aromas ácidos y dulces de la poesía de siembra y siega.

Lope de Vega es sin duda el mejor jardinero popularizante de nuestra lírica. En sus comedias hace florecer, con habilidoso artificio culto y jugoso donaire popular, esas florecillas, entre praderas, entre huertas, que recoge con deleite propio, con fruición de juego, de la poesía villanesca.

Flores silvestres, cultivadas con delicadísima fragancia. La verbena, la hierbabuena:

*que si es buena la verbena  
más linda es la hierbabuena,*

dice con gracia en una canción de *Las mocedades de Bernardo del Carpio*, el héroe legendario por él más de tres veces llevado al teatro.

Madreselvas, lirios y azucenas silvestres, con mil olorosas hierbas, huelen con el trébol y la mosqueta, entre pinares, en la danza, tan alegre de ritmo y trocilla de estribillos, que en *El Molino* empieza:

*Vuela, caballito, vuela;  
darte he yo cebada nueva...*

No son estas flores como aquellas que cogían las zagalas de *El aldehuera* —lirios, jazmines, tréboles y azahares— *que ni lucen, ni huelen, ni tienen color*, porque, artificio de la alabanza, el clavel y la grana de bocas y mejillas desmerecen su encanto. No; todas las flores campesinas de Lope están embriagadas por el perfume de su propia savia y por la gracia del poeta.

Qué riquísimo ramillete podría hacerse con todas las florecillas silvestres cantadas por Lope de Vega, y que se encuentran en su obra lírica o dramática, esparcidas o en gavilla. Me ocurre el antojo mientras leo *El capellán de la Virgen*. De todos es conocida la canción del trébole en *Peribáñez*. Pero no lo es tanto una curiosa variante de ella —¿posterior?— que aparece en esa comedia. De las mujeres que aparecen en la canción de *Peribáñez* falta aquí una: aquella viuda alegre, hipocritilla, mucha toca blanca sobre el vestido negro; pero, por dentro, como el alma, el faldellín de color.

Pero si a este trébole de *El capellán de la Virgen* le falta el trébole de la viudita, en cambio es mucho más rico de travesura, de ritmo, de vida en suma. Comienza con un estribillo de baile, que se repite en otras canciones de Lope y es de origen popular. ¡Qué garbo, qué prisa de fiesta!

*¡Afuera, afuera, afuera,  
aparta, aparta, aparta!*

La canción es castellana, de Toledo: Olias del Rey, Vargas,

Cabañas, Burguillos, Sonseca. He recorrido todos esos pueblos. No son muy grandes. En tiempos de Lope de Vega serían aldeas pequeñas, con muy pocas almas. A un lado y otro del verde Tajo, rodeados por los altos montes de Toledo, duermen a la sombra de la Iglesia, silenciosos y cerrados entre sus calles estrechas; casas de amplio zaguán, los muros de piedra ocre, los tejados rojizos. Hay en todos ellos huellas moriscas y judaicas. A veces, por una calle pavimentada con guijarros, corre un canalillo de frescas aguas. Un rumor suave pasa con el agua; pero se queda temblando entre las casas y se une al susurro de algunos olmos. De súbito, en esos pueblos tan quietos, la vida se arremolina: llegan soldados desde Toledo o que van a la capital. O hay feria, y mozos y mozas labradores, con la sangre mucha y bulliciosa, acuden de lugar en lugar para el baile y la siega.

Los prados, entre encinares y olivares, entre huertos de albaricoques, están verdes de trébol. Aroman las florecillas tiernas y olorosas. ¡Ay, Jesús, qué olor! De trébol, y de fragancia montañesa de los tomillos y los romeros. ¡Qué transparente luz tiene la mañana! ¡Qué clara profundidad azul la del cielo! ¿Es una mañana del mes de mayo, de esas, lo repite Lope, en que cantan los ruiseñores, retumba el campo? No nos lo dice el poeta en *El capellán*. Pero podemos creerlo así. Casi es seguro; esa alegría de fiesta tiene savia primaveral. Ya llegan a la feria las yeguas y los carros, los mozos y las mozas. ¡Qué tropel, qué júbilo, qué alborozo! ¡Afuera, afuera, afuera,

Raudamente, Lope presenta, entre burlas, entre juegos, a mozos y mozas de los más conocidos o famosos de la fiesta. Y entre el barullo, impetuosas, pier-na firme, brazo listo, risa fresca, voz en grito, salen cuatro bellas labradoras, bailando un baile de La Sagra. Salen con gran recogido, nos dice Lope. Y el baile es el trébole.

El de la doncella. ¿Está también entre paredes guardada? ¿Algún truhán ha aprovechado de su curiosa comezón de amor y de su inocencia anhelante para engañarla? Esta doncella, esta virgencilla campesina parece menos inocente que le del trébole de *Peribáñez*. ¿O no? ¡Quién puede medir la inocencia de una virgen! Lo que sí sabemos es que es más hermosa. Tierna. Es un "cogollo de azucena". Ese Lope, goloso de toda fruta a cualquier sazón!

El de la casada. En el trébole de *Peribáñez*, honesta, muy mujer de su casa leal: "a su esposo quiere bien", como Casilda. En el trébole de *El capellán* esta casadita es una malmaridada que no contenta con el de su esposo "ajenos amores trata". Parece hermosa garza; ¿hay aquí un juego con la palabra *garza*, como el que Juan del Encina hizo aplaudiendo la hermosura de aquella ligera y costosa hermosura de Roma?); también la soltera es más audaz y más liviana que en el trébole de *Peribáñez*. No es una ennoviada, tornadiza y coquetuela. Aventurerilla sí, que no deja para después curiosidades ni deseos. "Parece —dice con juego de malicias Lope—, por lo que pela, tijera de fundidor". ¡Ay, qué abrir y cerrar!

Cuando las mozas de La Sagra terminan su baile, comienza la danza de los labradores. Bailan un villancico que seguramente el poeta ha trasladado casi con la gracia rústica primera. Hasta

ha conservado la fonética aldeana:

*El hocico de vosa merced,  
he, he, he,  
me tiene periro,  
de amore venciro,  
ay, ay, he, ay, he,  
que me moriré, que me moriré.*

A los villancicos se le juntan

unos versos de negro, tan del gusto de Lope.

*El hocico negro  
y lo diente dentro  
ay, ay, he,  
blanco sobre prieto  
he, he, he,  
negro tiene mueto.*

¡Cómo se entraba lo popular

hacia lo hondo de nuestra poesía! ¡Qué lozanía, qué fresca gracia, subiendo desde el campo, con su dolor y su júbilo humanamente fundidos, a la estremeada virtud de la creación poética!

Y ese bien que subía tan alto, es el que nunca muere. Por él se eterniza la literatura española.

Por él nuestro Lope es toda España, una, profunda, verdadera. Nuestra España, ay, nuestra a pesar de vendida. Que ya la comprará de veras, como siempre, con su danzar y llorar, con su poesía y su sangre, nuestro pueblo. ¡Ay, trébole, Jesús, qué olor! ¡Ay, trébole de nuestra independencia, qué dolor!

## La Asamblea de los Animales

Por Alfonso Reyes

Tenía que suceder al fin. Varias veces nos lo habían advertido y nunca quisimos hacer caso. Ello es que las fieras y animales silvestres, espantados por los desmanes del hombre, se reunieron secretamente en alguna ignorada región del Africa para tomar providencias ante una posible catástrofe del planeta.

Por supuesto, no se ha permitido la presencia a cualquiera. Se expulsó a los astutos insectos y otras alimañas menores, tan creídos de que son los futuros amos del mundo por su capacidad de "proliferar" entre las mayores abyecciones, sin perdonar siquiera a los hormigueros y a los panales, que —pese a la literatura— son los causantes de todo el daño, por haberse propuesto al hombre como tipo de la perfecta república: nacional socialista, claro está.

Algunas bestias mentadas en el Libro de Job, jeroglifos vivientes, fueron asimismo víctimas de la previa censura. Así la cabra montés y la corza, remisas e inasimilables, dotadas de posteridad pero no de continuidad, y que, como los malos teóricos, paren con esfuerzo, replegándose sobre sí mismas, lo que no existe, lo que se va y no vuelve.

También fué excluído el onagro, asno irregular, habitante de los salados desiertos, que sobra en todas las agrupaciones sociales como el solterón sin deberes.

Lo propio se hizo con otro horrendo solitario, el rinoceronte, catapulta de un solo bloque, el cual nunca pudo ver más allá de sus narices porque se lo estorba, entre los biliosos ojillos de marrano, el cuerno plantado como enseña, alza en la pieza de artillería.

No se toleró a la avestruz, gallina abultada que entierra sin amor sus huevos, "maniqué de alta costura", con sus plumeros de embajador o cortesana, su indecente tallo de carne cruda que remata en una piña aplastada, sus desvergonzados muslos desnudos, su zigzag de fugitiva constante —burla del caballo y del jinete—, sus aletas en cañones que ignoran el vuelo y aplauden la carrera; su estúpida pretensión de ocultarse cuando hunde la cabeza en el polvo, figurándose así —sofisma de "voluntad y representación"— que ella misma se esconde al mundo porque esconde el mundo a sus ojos.

Ni se dió cabida al gavilán ni al buitre, cuyos polluelos tragan sangre, que sólo se remontan a las alturas para mejor ver las carroñas abandonadas en el suelo y que giran incesantemente en círculos esclavos, dibujo de sus hediondos apetitos.

Quedaron, pues, los animales auténticos. Tigres, leones, pante-ras, osos y otras pieles de lujo grandes y pequeñas, casi no hicieron más que escuchar: no habían tenido tiempo de reflexio-

nar sobre el caso. El propio Maese Zorro, desmintiendo su tradición fabulosa, se encontraba desprevenido. Y, al revés, de lo que pasa en los congresos humanos, el loro, por fortuna, calló. Unos cuantos animales obvios llevaron el peso del debate.

El asno, que presidía la sesión, tomó la palabra. El asno ha visto de cerca al hombre y, como todos saben, lo ha acompañado en algunas de sus más ilustres jornadas: excursiones militares de Dioniso, viaje redondo del Salvador. Pero no se hacía ilusiones. A su juicio, el destino de la criatura humana había agotado sus últimas promesas. ¿Qué hacen hoy por hoy los hombres? Destruirse entre sí. Cuando toda una especie se entrega frenéticamente a su propio aniquilamiento es de creer que su locura responde a los altos designios de su Creador.

—Porque yo, hermanos míos —concluyó el asno en su prudencia—, sí creo en Dios.

Tras el silencio temeroso que sucedió a estas palabras, se oyó un relincho. Es aquel que, "entre las bocinas, dice: ¡Ea!, y de lejos huele las botellas, el estruendo de los príncipes y el clamor" (Job, XXXIX, 25). El caballo, nuestro bravo camarada de armas, ráfaga crinada, no quiso disimular su despecho. El combate, heroico antes y que levantaba las energías cordiales, hoy es cosa de administración y de máquinas.

—Además— continuó, —si el

hombre sólo combatiera contra el hombre! Mucho se podría alegar en defensa de la guerra, la verdadera guerra en que era yo aliado del hombre. Pero hoy los humanos combaten ya contra la naturaleza y quieren desintegrarla y hacerla desaparecer, en su afán de adueñársela. La Tierra misma está en peligro.

Algunos ladridos de protesta fueron tumultuosamente acallados. Había consigna de no dejar hablar a los perros, sopechosos de complicidad con el hombre.

Pero habló el mono. Según él, no quedaba otro recurso que precaverse a tiempo y elegir un nuevo monarca. Nadie más indicado que el mono— la rama de los pretendientes destronados—para suceder al hombre en el gobierno.

—¡Oh, no!— reclamó el elefante. —Hace falta un animal de mayor gravedad y aplomo, de reconocida responsabilidad y de memoria probada, capaz de llevar a término sus empresas. El mono es un ente ridículo y cómico, una bufonésca imitación del hombre, y una criatura expuesta siempre a estériles inquietudes y nerviosidades, casi diríamos que es una ardilla, el candor en menos, cuyas vueltas y revueltas carecen de utilidad y sentido. Sustituir al hombre por su caricatura? ¡Jamás!

Aquí un elefante enjaezado, vestido de telas verdes y rojas, alzó la trompa y lanzó un tañido; es decir pidió la palabra. Era un elefante de circo, escapado de alguna pista del Far West. Traía todos los prejuicios que pueden adquirirse en el trato con los domadores y en la frecuentación de los espectáculos humanos, y estaba lleno de sofismas y ardidés. Casi era un político profesional. En vano intentó que lo escucharan. No bien empezó a sonreír maliciosamente, meneando la trompa y dicién-

do chistes de mal gusto sobre la conveniencia de usar calzones, cuando los elefantes ortodoxos, los selváticos, lo hicieron callar, declarándolo representante de Wall Street.

La discusión comenzaba a tomar un sésigo amenazante; pero, a fuerza de prolongados silbos, un Ave Rara que lucía los penachos más atrayentes y cente-

llaba de luz roja y plateada, pudo imponer orden y empezó a decir con voz armoniosa:

—Voto por la abolición del hombre. Sea anulado el hombre y no tenga sucesor ninguno. ¿Qué falta la hace a la Tierra? Alternen los días y las noches, las auroras y los crepúsculos, las calmas y las tempestades, las lluvias y los soles. Nadie estorbe el

roncar de las frondas, el voluble besuqueo de los arroyos y el contundente discurso de las cataratas. Bailen a su gusto las olas verdes. Pósense o vuelvan a su talante los nubarrones plumizos. Los vientos de larga cola concierten los corros y los minués de hojas amarillas. Crezca y cunda la vegetación a su antojo. El campo ahogue y borre a las ciu-

dades. Olvídense para siempre al hombre. Desaparezca de una vez este funesto accidente de la Creación.

Las ovaciones hicieron temblar las montañas. Entre el entusiasmo general, los perros, a todo correr, llegaron a la próxima estación telegráfica y denunciaron el caso a los "grandes rotativos".

# Brújula Quieta

*"Tendríamos una idea muy diferente de las civilizaciones desaparecidas, si no conociéramos sus artes.*

*Apolo contempla todavía el surco del olvido de los dioses de Tiro, que desdeñaban los poemas y las estatuas". "Las voces del Silencio".*

André Malraux

## ESCULTURAS DE NÉSTOR Z. GUZMÁN EN EL ARLEQUÍN.

Néstor Z. Guzmán presentó su exposición de esculturas en la sala de Arte del Teatro de Cámara Arlequín. Hace su primera salida individual y exhibe su obra de arte, la expresión de las cosas que el escultor capta o interpreta, sea ello un desnudo o un árbol, en todo queda lo que el artista piensa y siente.

¿Tiene importancia la materia? Mucha. Es el cuerpo, la obra, el alma. El ánimo interna que la alumbra y la hace imperecedera.

Y son rutas de sensibilidad las que se abren con una exposición como ésta. Son cauces de hondura insospechada, sendas sentimentales de emoción y arte, que se abren ante un público que admira, juzga, critica y hace también mofa de estas cosas cuando no llegan a inquietarle.

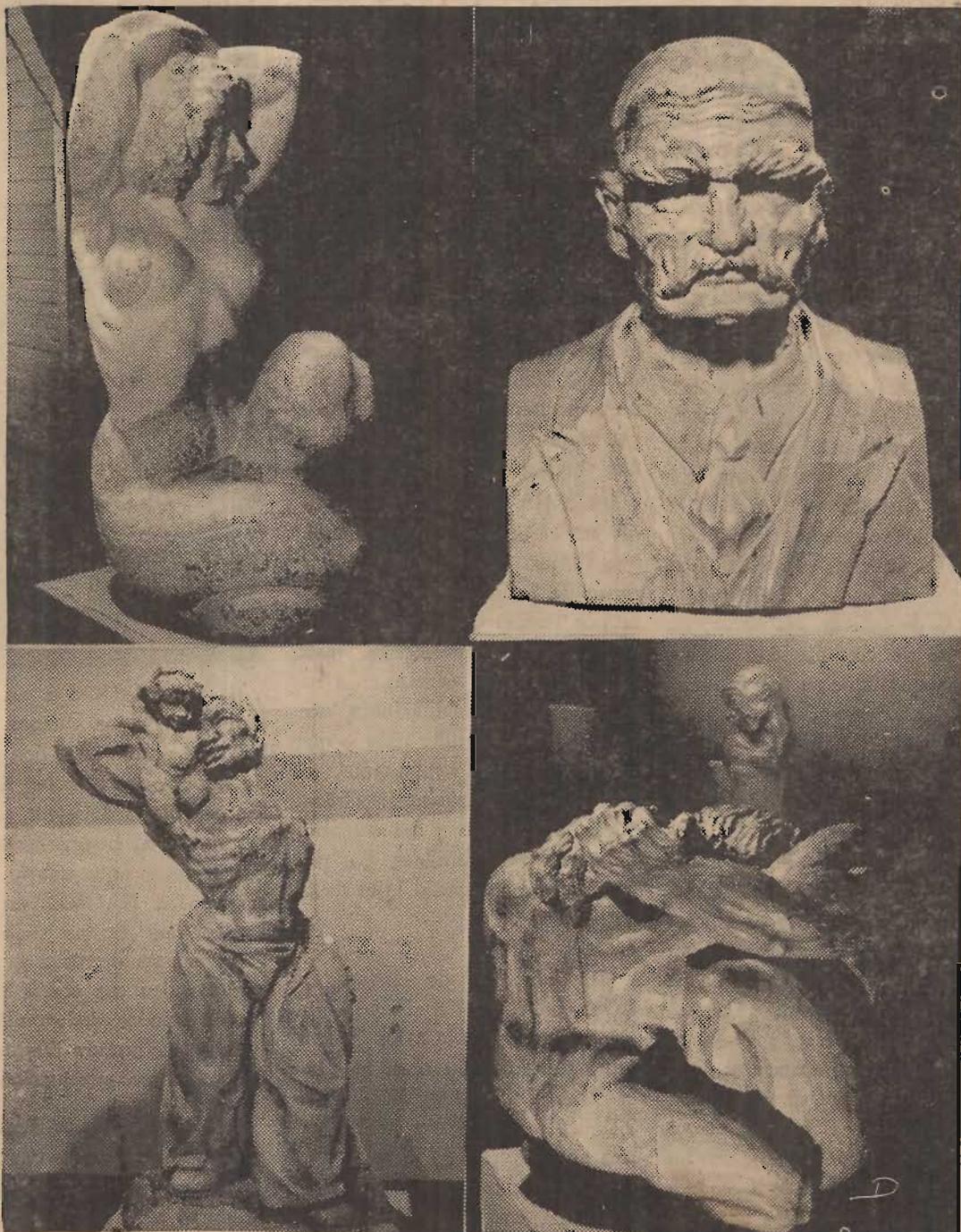
No todo lo que exhibe Néstor Z. Guzmán inquieta. No todo habla el lenguaje misterioso que cala muy hondo el sentimiento, pero si es valioso su esfuerzo, es muy loable su inquietud que lo lanza a abismos que él intuye, pero que no realiza todavía plenamente, —siempre hay un vasto territo-

rio inexplorado en la creación artística en que fuerzas misteriosas trabajan— pero la creación en sí es el esfuerzo máximo del crea-

dor para llegar a sí mismo, a su yo íntimo que se revela fuerte y lucha por plasmarse en la obra de arte.

Néstor Z. Guzmán sabe lo que vale el trabajo metódico y la persecución por medio de éste de planos cada vez más elevados de interpretación.

Trata los volúmenes con sencillez y comprensión, moviliza la luz que juega en sus figuras la importancia que juega el color en la pintura, agota los medios de realizarse y consigue sorpresas



incalculables en el tratado del desnudo, ya sea en la talla directa en piedra o madera o el modelado en barro.

Sí creemos que le ha faltado decisión para esculpir el granito, la más noble materia que posee el escultor.

La madera siempre responde a la caricia del escultor con modalidades especiales de cariño, áspero a veces, pero lleno de ternura siempre.

La escultura es para la vista y el tacto, sugiere la caricia como las hojas del árbol, la sombra, en su conjunto.

¿Es la escultura un arte de reposo? Creemos que es de un inquieto reposo. Un torso puede revelar la serenidad o el deseo, o la sublime concepción de la vida floreciente, porque está en el golpe del escultor ya implícito el crear a imagen y semejanza de sus deseos y dentro del marco de su vida que quiere dejar perpetuada en el arte.

Hay fracasos hondos y triunfos rotundos en esta escultura de Néstor Z. Guzmán; y un empuje sereno de superación que ha quedado grabado en la piedra y en la madera de estas esculturas que, como desnudo, sueño, abrazo, etc. etc., revelan su penetrante poder creativo.

En su obra han dejado su sello: su oficio y su originalidad.

Sin romper con los moldes del pasado, en su obra arde también la llama de la rebeldía todavía un poco temerosa, para lanzarse libre por sus propios caminos abriendo brecha.

Lo que se puede esperar de Néstor Z. Guzmán es mucho, que ahora se esboza aún timidamente en más de una de sus obras; en otras se ve con claridad la luz interior que tiene su fuerza creadora.

"LA CAMPAÑA DEL TRANSITO" DEL PROFESOR UNIVERSITARIO RAFAEL OBREGÓN LORÍA es la mayor aportación histórica que ha tenido este deslucido centenario de la guerra contra los filibusteros. Ahora aparece un estudio digno de la gran epopeya nacional; ahora, nos da Rafael Obregón Loría un estudio histórico apreciable, con toda la sinceridad de su pluma, en la que narra hechos desconocidos o poco citados de los hombres y del pueblo que fueron actores de heroicos actos de patriotismo.



Llevando su miedo a cuestras, su miseria, su hambre y su muerte, nuestro pueblo se enfrentó y venció a las fuerzas filibusteras. Este libro tiene la virtud de las cosas escritas con sinceridad, sin tapujos; es un libro intensamente emocionante, en el que se refleja toda la lucha de un pueblo por conservar su libertad, por ser fiel a los principios de la democracia, que si no bien comprendidos, si fueron bien sentidos, como que los llevaban esos humildes hombres del campo y de la ciudad, en la sangre, en esa sangre tica tan de cepa. Ha dado Rafael Obregón Loría un inapreciable libro a los costarricenses; es sin lugar a duda, la mayor aportación en este Centenario, a la honrosa causa que levantó el espíritu del pueblo en los años de 1856-1857. ¡Y tantas cosas que no conocíamos hay en su libro! ¡Y tantas otras ya conocidas tan bien dichas, tan bien expuestas!

BRECHA transcribe de su libro un capítulo muy interesante, que llevará a los lectores el espíritu de la historia patria escrita por Rafael Obregón Loría, a quien estamos agradecidos, pues este fruto de su espíritu, nos ha dejado hondas meditaciones, nos ha hecho comprender todo lo que valen nuestros antepasados, el pueblo y sus dirigentes: Cañas, Mora, los héroes y los soldados de tierra, tan humildes, tan patriotas, tan abnegados hijos de la patria.

EL PREMIO de Teatro ELOY GONZALEZ FRIAS ha sido otorgado a Carlos Víctor Odio Guardia. Su obra se titula "LA ULTIMA VEZ QUE TE VI", pieza para teatro en tres actos.

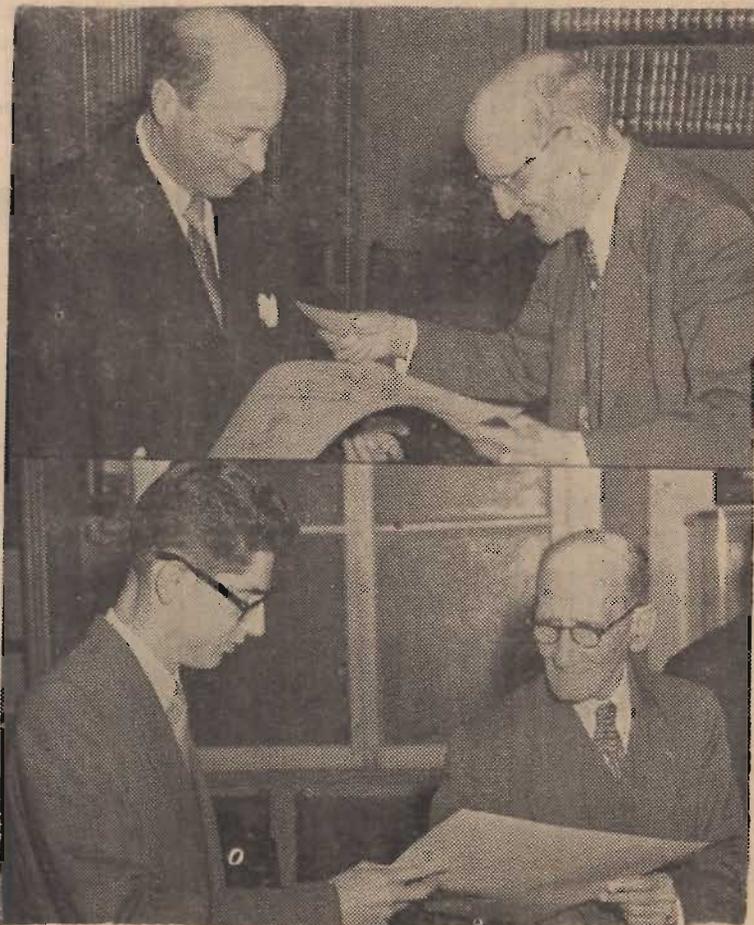
La hemos leído, es de un diálogo ágil, moderno sin caer en esas lamentables estridencias de

la frase cortada y los suspensos así porque sí; teatral como debe ser y representada, ha de producir mucho más interés que el que se siente leyéndola. Sus personajes se mueven como seres humanos, las emociones que representan son reales, no hay trucos muy marcados en ninguna de sus actuaciones. En fin, "La Última Vez que te Vi" es una obra que merece ser representada y que gustará mucho al público.

Carlos Víctor Odio Guardia es joven inteligente y estudioso. Tiene derecho al premio por la calidad de su trabajo y tiene derecho al reconocimiento de sus conciudadanos porque con su obra acrecenta el acervo literario de la patria.

Nos complacemos en consig-

nar el triunfo de Odio Guardia y esperamos el comienzo de los ensayos de la obra, a conciencia, para que el público culto tenga el placer de asistir a su estreno y admirar el talento histriónico del escritor, la sencillez de la obra, la trama interesante que desarrolla, los problemas que crea en la mente de quien la leyere o la viere representar. Hay partes que desconciertan por su sutileza, es una obra de un hombre de penetrante inteligencia, escéptico; en fin, de un ser humano, con y sin complejos, certero en sus juicios. En resumen, es una obra de teatro INTELIGENTEMENTE ESCRITA. Es una buena obra de teatro de un nuevo escritor tico: Carlos Víctor Odio Guardia.



DOS PREMIOS a un mismo tiempo acaba de obtener nuestro brillante colaborador don Abelardo Bonilla, quien, como muy pocos personajes de letras, sabe hacer rendir al tiempo todo el juego. Profesor universitario, redactor de LA NACION en donde escribe una de las mejores páginas diarias de toda la prensa nacional, en sus cortos momentos de ocio se dedica al ensayo y enriquece nuestra literatura con sus magníficas producciones.

Las dos últimas le fueron premiadas en El Salvador y aquí. "Introducción a una axiología jurídica" se titula la obra que mereció premio en El Salvador.

"Abel y Caín en el desarrollo del ser histórico costarricense", es el nombre de la que le premiaron aquí para lo cual hizo de jurado la Academia Costarricense de la Lengua.

Tales galardones son muy dignos de Abelardo Bonilla y BRECHA lo felicito con el mejor de los gustos.

AL CERRAR LA EDICION nos llega la dolorosa noticia de la muerte de GABRIELA MISTRAL. Las letras de América y de España están de duelo y nosotros ponemos a media asta la bandera del ideal.

Muy conocidos son los datos biográficos para ser repetidos

aquí. Pero su paso por las letras hispanoamericanas dejó huellas imborrables e inmortales. La generalidad de las gentes han celebrado en ella más a la poetisa que a la prosista. Efectivamente, Gabriela Mistral, que fue de las primeras mujeres poetas del modernismo, alcanzó magníficos triunfos con sus versos, aunque su lírica no llegara a las cumbres de una Alfonsina Storni o una Juana de Ibarbouru. Pero su prosa pastosa, jugosa y sabrosa no tiene igual en ninguna mujer de América o de España. Más fuerte y medular que la propia Santa Teresa, Gabriela más parece un hombre, uno de los clásicos más potentes con que haya contado el Siglo de Oro.

Los que tuvimos la dicha de conocerla, tratarla y escucharla, podemos afirmar que en el manejo de la palabra hablada era también maestra inigualable. Varias veces escuchamos sus pláticas, sus conferencias magníficas, que iba hilvanando como quien dialoga consigo mismo, improvisadamente, sin afeites, sin afectación, lejos de los alcandores de la retórica. Hablaba con el dejo de las gentes de las tierras bajas, convirtiendo a veces la s en j. Pero sabrosamente, con fluidez, con galanura y sinceridad únicas. Exponía sus brillantes ideas con la sencillez con que las flores ostentan sus colore y perfumes. Mientras teclea la máquina de escribir al trazar estas líneas nuestra mente se va a aquellos días en que anduvo por Cestro América, y la volvemos a ver y a oír, extasiados, arrobados, como hace ya veinticinco años que nuestra alma se colgaba de sus labios maravillosos.

En la revalorización que espera a todos los poetas y escritores, pasados unos años de su muerte, la gran escritora Gabriela Mistral superará, sin duda, a la poetisa. Su magnífica prosa, digna del mejor maestro del Siglo de Oro, habrá de brillar más que sus versos, a pesar de que éstos también son buenos. Pero, fijándose bien en su poesía, se notará que Gabriela resulta un poquito sorda. En sus rondas y versos para niños, le falta la realidad de la maternidad que le sobra, por ejemplo, a Claudia Lars. Ella misma siente esta falta cuando exclama: "¡Un hijo! ¡Un hijo!" En cambio su prosa, pastosa, jugosa y sabrosa, pasará a la pos-

## LA SEGURIDAD SOCIAL

### ES LA SUPREMA ASPIRACION DE LA SOCIEDAD DE HOY

Sólo cuando los hombres conquistan el derecho a una vida sin temores y llena de dignidad, aflora la paz en los espíritus y nace la concordia en la humanidad.

## CAJA COSTARRICENSE DE SEGURO SOCIAL

teridad cabalgando triunfal sobre los siglos.

En nuestro próximo número le haremos un homenaje. Mientras, apenas movemos los labios para desearle paz, paz, paz...

**NUESTROS COLABORADORES TRABAJAN...** Noticias llegadas de México a la BRUJULA, han hecho a ésta torcer el rumbo hacia esa ciudad de maravilla y de ahí nos llegan las nuevas de que nuestro colaborador, el escritor y poeta Alfredo Córdoba Peña, el incansable amigo, prepara para este año de 1957 la publicación de dos libros: uno de poemas, **MINIMO ESTAR** y **SONETOS RECIEN CORTADOS**. Esperamos con verdadero interés estas publicaciones que seguros estamos son de mucho valor poético, como todo lo que sale de la cosecha literaria de Córdoba Peña.

**DESDE VENEZUELA** del Estado de Zulia, Maracaibo, el crítico de arte del diario PANORAMA, Ignacio de la Cruz, nos dice de nuestro colaborador, el pintor M. de la Cruz González Luján: "Manuel expuso el pasado 19 de diciembre en "Madelca". ¡Si pudiera mostrarse toda su obra de Cuba y Venezuela en Costa Rica! Va desde un realismo consecuente, y a través de un largo proceso en el que la figura se va esfumando, hasta lo abstracto; se podría ver toda su evolución a su segura madurez de hoy, todo su logro de su personalidad plástica, ya completamente definida; exhibió, en esta oportunidad, úni-

camente telas abstractas; sólo dos son figurativas; es estimulante verlo cómo puede, prácticamente sin tiempo, trabajar tanto; siempre que voy a visitarlo, hay más de un cuadro nuevo"... Y esto es en verdad M. de la Cruz: un gran trabajador con talento. Para este amigo, de BRECHA, nuestras felicitaciones y nuestra esperanza por que la UNIVERSIDAD se preocupe, algún día de hacer una exposición de Manuel en nuestro país. Hay que esperar y esperaremos...

**BAJO LA DIRECCION** de nuestro asiduo e ilustre colaborador don Carlos Sáenz, han sido editados por la cuarta vez los famosos "Cuentos de mi Tía Panchita", de nuestra inmortal Carmen Lyra.

La imprenta "Las Américas" se ha lucido con la preciosa edición, que ya está a la venta en todas nuestras librerías.

Muy sinceramente nos alegra-

mos, pues ya era hora de que tan bella obra fuera reeditada. Desde hace mucho tiempo estaba agotada y buena falta hace a la infancia y a la juventud costarricenses. Al repasar sus páginas nos damos cuenta de que también a los grandes nos hacía falta este gran libro.

Otubre 30 de 1956

Señor

Lic. Marco Tulio Zeledón.

Muy estimado señor:

Con un atento saludo, tengo el honor de dirigirme a usted, para comunicarle que en la sesión celebrada por la Junta Directiva de esta Sociedad el 5 de los corrientes, se tomó el acuerdo —por unanimidad de sus miembros— de nombrarlo **SOCIO CORRESPONDIENTE** de esta Institución en reconocimiento de sus trabajos sobre temas de la Historia de la América Central, y por sus valiosas actividades personales relativas al conocimiento de nuestros países hermanos del Istmo.

Es para mi motivo de especial complacencia poner en su conocimiento el merecido honor recaído en su persona y felicitarlo muy cordialmente.

Por correo separado, va el respectivo diploma que lo acredita como tal.

Le estimaré enviarnos sus datos biográficos y bibliográficos y una foto de fecha reciente, así como también un trabajo suyo, tema libre, para su publicación en nuestra revista "Anales".

Aprovecho esta oportunidad, para reiterarme su muy atento seguro servidor y amigo afectísimo,

*Dr. Ricardo Castañeda Paganini.*  
Primer Secretario de la Sociedad de Geografía e Historia  
Guatemala.

## LOS CUENTOS DE MI TIA PANCHITA

DE

### CARMEN LYRA

de venta en todas las librerías

LA OBRA NACIONAL QUE DEBE ESTAR EN  
TODOS LOS HOGARES - EL LIBRO DE CUENTOS  
QUE DELEITA A GRANDES Y CHICOS

# MIGUEL MACAYA & Cía.

**MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.**

**Maquinaria para la Agricultura y la Industria.**

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington".

Equipo de Refrigeración.

Soldadoras Eléctricas y Autógenas "Marquette".

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal".

**Surtido de Repuestos.**

**Taller de Servicio.**

Consulte nuestros planes de Financiación.

## EDIFICIO INTERNATIONAL

50 varas Norte Hotel Europa.

Teléfonos: 5830 - 5831

Apartado: Letra "A".



## PILSEN

### SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.-

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.-

